# MEDITERRANEOS, SEMITAS, CELTAS Y VIKINGOS EN AMERICA

## Ojeada sobre algunas modernas expresiones de hiperdifusionismo transatlántico

*POR JUAN SCHOBINGER*

### 0. Introducción

La investigación antropológica del continente americano tuvo como precursores a algunos viajeros sedientos de saber, como Alexander von Humboldt, John Lloyd Stephens y Alcides d'Orbigny. En forma sistemática, puede decirse que comenzó hace poco más de un siglo, con los primeros Congresos Inernacionales de Americanistas realizados en Europa. Si comparamos las hipótesis y esquemas sobre el más antiguo poblamiento y sobre el surgimiento y desarrollo de sus culturas, de entonces a ahora, notamos que la *especulación* sobre una endeble base histórica, etnográfica y lingüística ha sido sustituida paulatinamente (sobre todo en las últimas tres décadas) por los intentos de síntesis sobre base fundamentalmente arqueológica (1). Aún las primeras y clásicas "teorías científicas" formuladas entre 1900 y 1930 (Ameghino, Hrdlicka y Rivet) nos resultan actualmente inorgánicas y deficitarias, carentes de sustentación real, y por lo tanto, las polémicas suscitadas en su momento, inútiles. En otras palabras: fueron prematuras, al no contar como marco de referencia una *ciencia prehistórica americana.* Hoy día podemos decir que ésta existe, tanto por el número de sitios investigados científicamente como por el armazón cronológico general que se ha ido logrando a partir de 1950 (año de la puesta en marcha del método radiocarbónico). Lo cual no impide desconocer las miles de lagunas que aún no permiten lograr una imagen acabada del desarrollo etno-cultural del Nuevo Mundo, particularmente de sus etapas más antiguas.

¿Quiere decir que los progresos arqueológicos y antropológicos en general le han quitado a América su carácter de "esfinge"? ¿Que hayamos ya descifrado el origen, el carácter y la esencia del *hombre americano*? De ningún modo; la América Precolombina conserva su

---

(1) Por ejemplo: Menghin, 1957; Willey, 1966-1971; Berdichewsky, 1973; Bosch Gimpera, 1976; Schobinger, 1969.

fascinación tanto para el especialista (para quien cada nuevo descubrimiento trae una nueva problemática) como para el lego (quien siente al mundo americano arcaico como poblado de "enigmas, misterios y secretos" (2), lo que es aprovechado por algunos autores y empresas editoriales para producir una literatura a veces aceptable a nivel de divulgación (3), pero que en su mayor parte es tendenciosa, causante de confusión, con datos tergiversados o erróneos).(4)

De allí que siga haciendo falta lo que ese viejo luchador que fue José Imbelloni realizara durante toda su vida científica: "Desembarazar el terreno de las impurezas que lo afean, trabajo nunca acabado, porque la Americanística es un campo donde el arbitrio y la imaginación producen incesantemente siempre nuevas proliferaciones" (Imbelloni, 1956, p.15).

El que aquí escribe observa que los "estudios críticos" se han ido haciendo de más en más escasos. En la Argentina al menos, la actitud de los —hoy día más bien escasos— especialistas profesionales tiende a ser el encogimiento de hombros y la mera crítica verbal. Esta, al no profundizar en sus fundamentos, es sentida por los no-especialistas como "miopía de la ciencia oficial". Se nos acusa de cerrarnos ante la posibilidad de nuevos caminos o de aperturas interdisciplinarias, por no decir heterodoxas. Sin desconocer que hay algo de verdad en ello, está claro que dicho argumento sirve de buen pretexto para que los "románticos, humoristas y alucinados" de los que hablaba Imbelloni (1947, cap.VI) —a los que hay que agregar los *comerciantes*— bombardeen el mercado con la mencionada clase de literatura. (Quienes se llevan la palma en ello son los cultivadores de la "Arqueología

---

(2) Título de un libro de Federico B. Kirbus (Buenos Aires, 1976).

(3) Como los libros del autor recién citado, y los clásicos de C. W. Ceram (*Dioses, tumbas y sabios*, y *El primer americano*).

(4) Ejemplos de nuestro país: Edelmiro A. Mendoza: *Origen del Hombre Americano*, Buenos Aires, 1959. (Ver *Anales de Arqueología y Etnología*, XVI, Mendoza 1961, p. 321). *Licenciada* Mónica Liliana Plataneo: *América y el misterio de los orígenes*, Buenos Aires, 1978. Se trata de una desordenada y confusa muestra de lo que algunos han dado en llamar la "Neoarqueología". En el Nº 62 de la revista *Cuarta Dimensión* (Buenos Aires, 1979), p.21, la citada autora define a la Neoarqueología como "un nuevo enfoque en los estudios de la antigüedad, que implica: 1º. traspasar los límites de tiempo que llevábamos como una barrera (...); 2º. Ir más allá de los planos terrestres y transportar las investigaciones a otras dimensiones, a otros soles; recorrer las estrellas, el Cosmos". En otras palabras: "La búsqueda de huellas extraterrestres en la antigüedad". Ello implica no sólo una posición interpretativa *a posteriori* de la recolección de datos, sino que ésta misma ya está signada por una óptica o tendencia favorable *a priori* hacia esa interpretación. La razón (como base para la ciencia) "no es algo esencial; no es tan imprescindible. Lo importante es el resultado de una búsqueda..." (loc. cit.). Por lo tanto, nos movemos aquí en el ámbito de la irracionalidad y de la fe, en un plano en el que no está justificado el hacerlo.

espacial", llamada por algunos "Astroarqueología" y por otros "Neoarqueología" (ver nota 4), la que consiste en interpretar cualquier obra interesante, enigmática o monumental de la antigüedad, o algunos motivos simbólicos de su arte, como efecto de la "visita de seres extraterrestres" de estructura material, siendo sus principales impulsores R. Charroux, J. Bergier, P. Kolosimo, Erich von Däniken, algunos autores soviéticos, y decenas de seguidores). (5)

No estamos de acuerdo con esa cómoda actitud. Los especialistas deben salir de su "barbarie" (según conocida expresión de Ortega y Gasset) y de su orgullosa "torre de marfil". Tenemos una responsabilidad cultural respecto a la sociedad que nos rodea. No podemos desconocer esa realidad socio-cultural representada por la literatura seudocientífica sobre temas antropológicos, así como por el periodismo que se hace eco de la misma. El "hombre de la calle", el hombre ávido de rarezas, el que se halla en una sincera búsqueda espiritual, al carecer de conocimientos básicos y también, a veces, lamentablemente, de sentido crítico, difícilmente percibe los datos tergiversados o erróneos contenidos en dicha literatura, ni la metodología unilateral utilizada. Para que el público —a quien, en último caso, está destinada toda la labor de investigación— no nos dé la espalda calificándonos de rutinarios y de dogmáticos, debemos comentar y criticar, y no dejar la indispensable tarea de divulgación a los improvisados, a los obsesionados, o a quienes medran con el *épater le bourgeois.* (Aunque corramos el riesgo de que nuestros colegas digan de uno que "como arqueólogo es un buen escritor"...).

## 1. Las teorías hiperdifusionistas transatlánticas

En los tiempos posteriores al Descubrimiento, varios siglos antes de que se comenzara a pensar en la existencia de una humanidad prehistórica, las explicaciones sobre el origen de los amerindios tuvieron inevitablemente un carácter histórico-difusionista. Vale decir, que sus antepasados habrían sido descendientes de alguno de los hijos del Noé bíblico (generalmente Japhet), o de cananeos expulsados de Palestina por Josué en el siglo XIII a.C., o de una o varias de las diez "tribus perdidas" de Israel (a raíz de la conquista del reino del Norte por Sargón de Asiria en 722 a.c. y la deportación de gran parte de sus habitantes) (6). Papel importante tuvieron los fenicios y cartagineses, por su carácter navegante, así como —en algún caso— los troyanos

---

(5) Ver acápite (3), y Schobinger, 1977, 1980.

(6) Imbelloni, 1956, p. 25. Véase la erudita exposición sobre "Ophir, o de la Indología Judaica", en el Apéndice B del primer capítulo de la citada obra. Ver también Wauchope, 1962, cap. 4.

escapados de la toma e incendio de Troya por parte de las huestes de Agamenón (hacia principios del siglo XII a.C.).

Ya en el siglo XIX, aparece una curiosa variante de las opiniones semitizantes, que es la que sirve de fundamento al *Libro de Mormón.* Recordemos que éste fue publicado en 1830, habiendo sido escrito —según se pretende— por el "profeta" Joseph Smith, en interpretación (con ayuda de dos piedras mágicas) de unas planchas de oro halladas por él en un cerrillo del estado de Nueva York, luego desaparecidas. Según esta *story*, los antiguos habtantes de América proceden de dos cepas; una, de uno de los grupos dispersados desde la Mesopotamia a raíz del fracaso de la Torre de Babel (extinguidos tiempo después), y otra, de un contingente de judíos embarcados a orillas del Mar Rojo en el año 586 a.C., huyendo de Nabucodonosor quien acababa de tomar a Jerusalén. Sus descendientes "buenos" fueron exterminados por los "malos", a quienes en castigo se les oscureció la piel y se convirtieron en los indios americanos... (7)

Ya desde el siglo XVI tuvo predicamento la hipótesis de la Atlántida de Platón como raíz de los pueblos y culturas americanas. Aunque es de carácter historicista como las otras —ya que se trata, según el filósofo, de una alta cultura de navegantes—, la antigüedad atribuida a la desaparición de la isla mítica (décimo milenio a.C.) lleva, tal vez sin quererlo sus sostenedores, a suponer una alta antigüedad al poblamiento comentado. Al descubrirse y difundirse la existencia de grandes ruinas de las civilizaciones mesoamericanas y andinas en el siglo XIX, la Atlántida tomó carácter de raíz común de las culturas del Viejo y del Nuevo Mundo; pero también se formularon relaciones directas entre las civilizaciones mesoamericanas y/o peruanas con el antiguo Egipto o la Meospotamia ("los Caldeos"), cuyas ruinas estaban siendo objeto de excavaciones entusiastas aunque poco sistemáticas. Pasamos así tímidamente al plano de la comparación arqueológica y etnológica. Esta última se comenzó a aplicar ya en el siglo XVII, al irse conociendo algo mejor los pueblos mongoloides del Asia. Se habla así de antiguas inmigraciones de turanios, tártaros, chinos y japoneses, y surge de ese modo implícitamente el área beringiano-pacífica como vía de acceso al Nuevo Mundo.

En el siglo XVIII algunos autores reaccionan contra las opiniones

---

(7) A diferencia de otras teorías, ésta mantiene su actualidad —a pesar de lo absurda que resulta a la luz de los conocimientos antropológico-físicos y arqueológicos modernos—, ya que más de 3 millones de miembros de la Iglesia Mormona (o "de los Santos del Ultimo Día") adhieren a la misma *por motivos de fe.* Algún autor perteneciente a la misma ha buscado, en las representaciones barbadas de la cultura Olmeca y otros indicios arqueológicos mesoamericanos, justificar "científicamente" esa teoría. Véase Schobinger, 1961.

historicistas transatlánticas. Por ejemplo, el erudito jurista italiano Josef Antonio Costantini se pronuncia por una antigua migración de descendientes de Noé —cuyo recuerdo cree hallarlo en tradiciones aztecas— desde los alrededores de donde se habría detenido el arca en Armenia, "caminando siempre hacia el Oriente", atravesando el Asia y cruzando a América (dejando parte de sus integrantes a lo largo del camino). Reconoce ignorar la vía de acceso, debido a las lagunas en los conocimientos geográficos aún existentes en la época en que escribe. (Costantini, 1778; cita, de p. 246). Pocos autores elevan su mirada hacia un origen múltiple; una interesante excepción la constituye el historiador y jurista holandés Hugo Grotius, quien en 1642 se constituye en precursor de la idea de inmigraciones escandinavas a Norteamérica (seguido en 1837 por el danés Carl Christian Rafn). Según Grotius, "la península de Yucatán fue poblada por un *stock* etiópico llegado del Africa, y la costa peruana por inmigraciones llegadas de la China a través del Pacífico; en cambio las regiones que se extienden al sur del Perú habrían sido la meta de inmigraciones procedentes de las islas Molucas" (Imbelloni, 1956, p.55).

En cuanto a la idea del surgimiento autóctono del hombre americano, ya sea formando parte de una teoría poligenista (L. Agassitz) o monogenista (F. Ameghino), nos resulta hoy en día un mero episodio dentro de la historia de las investigaciones (por más "polvo" que levantara en su momento).(8)

Mencionemos, finalmente, ya para la década de 1930, una curiosa teoría de vinculación directa entre "antiquísimas" poblaciones del área Egea y zonas vecinas, con un supuesto "Imperio de las Llanuras de Santiago del Estero", a base del hallazgo —en largos años de excavación— de numerosas y notables piezas de cerámica en dicha provincia del centro-norte argentino. Este rebrote entre romántico y sensacionalista —mezclado con fuerte color localista santiagueño— fue objeto de críticas demoledoras (9), a pesar de lo cual los descubridores de esa cultura indígena (los estudiosos franceses Duncan y Emilio Wagner) y su continuadora Olimpia Righetti continuaron con las ideas de difusionismo directo, referido sobre todo a la "divinidad primordial neolítica" (una deidad trinitaria de la generación, simbolizada por la combinación de hombre, ave y serpiente), manifestación de una civilización única cuya raíz lejana se hallaría en un continente perdido del Pacífico. Sus sostenedores serían *hombres blancos y barbados* ("raza de ojos horizontales"), que "penetraron por la desembocadura del Amazonas, a las llanuras de América del Sud hasta alcanzar los Andes,

(8) Véase, para todos estos temas, el ya citado libro de José Imbelloni, 1956, en su parte I: "Epoca Heroica".

(9) Incluso por parte de Imbelloni en el cap. IX de su citada obra de 1956.

en donde la *raza de ojos oblicuos* venida más tarde de Asia por el Pacífico y los Andes encontró los rastros de esa raza de ojos horizontales" (Wagner y Righetti, 1946, p. 28; ver también *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XXI-XXIII, 1958-1959, p. 214).

Esta teoría se entrelaza con el tema del "hombre blanco y barbado", centro de un ciclo especial de mitos y leyendas que algunos autores han tomado a la letra para justificar la presencia, no sólo ocasional, de grupos caucasoides en Centro y Sudamérica. (Ver acápite siguiente).

**2. Mediterráneos, semitas, celtas e irlandeses en América, según obras recientes**

La utilización del método radiocarbónico para la cronologización de la prehistoria americana (a partir de 1950) posibilitó la obtención de un panorama más realista de los procesos culturales de las distintas regiones del continente. La vieja antonomia difusionismo/invención independiente ("convergencia") fue sustituida por el análisis de cada caso y el establecimiento de probabilidades. (Ya que, estrictamente hablando, en el ámbito de la prehistoria resulta imposible proporcionar pruebas decisivas en uno u otro sentido) (10).

En la misma forma tendió a superarse la oposición entre las "escuelas" (? ) de la uniformidad racial y poblamiento reciente de América (Hrdlicka y seguidores), y la del poblamiento múltiple, parcialmente de época muy antigua, postulado por Rivet, Imbelloni y Canals Frau, entre otros. Las hipótesis de contactos transoceánicos directos por parte de pueblos históricos quedaron fuera de la consideración de los especialistas, al menos por la vía atlántica. Se afirmaban, en cambio, los indicios de contactos transpacíficos, aportados tanto por parte de etnólogos (Heine Geldern) como arqueólogos (Ekholm, Evans y Meggers), quedando abierta la discusión sobre la dirección en que predominantemente se produjeron los viajes (Heyerdahl, a diferencia de aquéllos, de América a Polinesia, criticado por Heine Geldern e Imbelloni, entre otros). Aun a despecho de las exageraciones y *parti pris* de Heyerdahl, nos movemos en el campo de las ciencias antropológicas, y el difusionismo a ultranza cede el paso al

---

(10) Esto fue señalado en 1966 pors Thor Heyerdahl, quien aboga por el rechazo de posiciones dogmáticas, y recomienda que, mientras se continúa con las investigaciones arqueológicas y genéticas (referidas sobre todo a la etnobotánica), "se esté preparado a descubrir que la problemática es lo suficientemente compleja como para ser encarada en un prudente camino intermedio" (1968, p.86).

estudio objetivo de los procesos de difusión, sus condiciones y sus implicancias.(11)

No obstante, el hiperdifusionismo historicista no ha muerto, y una masa de datos aportados por las investigaciones y hallazgos de las últimas décadas son reinterpretados en tal sentido por algunos estudiosos, que por su formación universitaria y erudición no pueden ser desestimados *a priori*. Mencionaremos a tres autores cuyas obras hemos analizado: Pierre Honoré (seudónimo, al parecer, de un profesor alemán), Cyrus Gordon, y Barry Fell.

El primero publicó en 1964 un voluminoso libro en alemán, traducido al año siguiente al francés y al castellano con el título de *La leyenda de los Dioses Blancos* (Ediciones Destino, Barcelona). A partir de mitos y de leyendas indígenas —transcriptas con algún relleno poético—, el autor sigue el rastro de los grandes héroes civilizadores, divinizados, de las altas culturas americanas: Quetzalcóatl, Kukulkan, Botchica, Viracocha. Todos ellos, "blancos y barbados", y venidos de allende el mar, desde el Este. En forma algo farragosa y desordenada, se comentan los casos de paralelismos culturales entre el Viejo y el Nuevo

---

(11) En una notable muestra de mentalidad "aislacionista", el arqueólogo norteamericano John Rowe intentó en 1966 combatir "la tenaz mala hierba del difusionismo doctrinario, que desde el campo de la etnología ha pasado a infectar el de la arqueología". Para ello señala sesenta elementos culturales específicos que tienen en común las culturas protohistóricas e históricas del Mediterráneo antiguo con las del área Andina. Dando por sentado la inexistencia de alguna forma de difusión para explicar dichos paralelismos, cree poder descalificar así también la explicación difusionista de los rasgos similares en las culturas americanas y las de Polinesia y el E. de Asia. Ahora bien, una cosa es decir que la mera similitud de los rasgos no es prueba de contacto directo, y otra, de que ello es prueba de que no ha habido ninguna clase de contacto. A esta observación, Heyerdahl agrega esta otra: "Esa lista de sesenta paralelismos laboriosamente seleccionados, muy bien podría el día de mañana convertirse en un argumento a favor de alguna teoría difusionista" (1968, p.84). Es lo que efectivamente sucedió: en 1972 el erudito e inquieto autor argentino D. E. Ibarra Grasso agrega otros 140 rasgos a la lista de Rowe, referidos exclusivamente a la metalurgia, y termina preguntando: ¿Todo eso puede ser interpretado en un sentido negativo, de que no existen relaciones entre el Mediterráneo Oriental Antiguo y el área de las Altas Culturas Americanas? Plantea así su personal posición "ultradifusionista", es decir, de "un verdadero difusionismo de proyecciones mundiales", para cuya discusión "hay que ir a las bases del problema, o sea el origen de las invenciones y sus necesarios antecedentes, en vez de discutir detalles superficiales". Califica como "difusionistas tímidos" a quienes aceptan sólo a los contactos transpacíficos y no a los transatlánticos, y los considera conceptual y metodológicamente tan parcializados como los aislacionistas o partidarios de la convergencia de invenciones dentro del proceso cultural humano. (Ibarra Grasso, 1972, citas de pp. 14 y 15).

La posición del polémico autor resulta por momentos seductora; sin embargo, su afirmación tan tajante de que "todas las invenciones de la cultura humana tienen un origen único, con un solo inventor o pequeño grupo de inventores, en su primer origen" (op. cit., p. 1), necesitaría aún el transcurso de muchas décadas de la labor arqueológica en las distintas partes del mundo para resultar, eventualmente, *verosímil*.

Mundo, y se postula el origen alóctono de la mayor parte de los elementos que aparecen en América a partir de la cultura de Chavín (cuyo surgimiento se imagina como "de repente, en el fondo oscuro del cañamazo primitivo, estallada como un rayo".)(12)

Pasando por alto muchos otros detalles —algunos erróneos o no actualizados—(13), digamos que Honoré ve en la *thalassocracia* cretense de los siglos XVIII a XV a.C. con sus extensas relaciones comerciales, la raíz de migraciones más o menos grandes hacia el continente americano, cruzando el Mediterráneo y el Atlántico. Sin negar los aportes venidos del E. y S.E. del Asia, considera que los citados "dioses civilizadores" representan esas influencias transatlánticas directas, constituyendo concretamente recuerdos de los reyes-sacerdotes que por entonces se pusieron a la cabeza de los principales grupos sociales de Mesoamérica y del área Andina Central. Transcribimos uno de los párrafos que sintetizan su pensamiento: "A su llegada a México los olmecas transmitieron todos los elementos de una cultura superior a los mayas. Probablemente uno de ellos se convirtió en el dios blanco que los mayas llamaron Kukulkan. También el dios blanco Quetzalcóatl debió de ser olmeca, pues después de su regreso de Tollán se fue a los "pueblos de la costa" donde llevaba la corona de plumas. (Los "pueblos de la costa" eran los olmecas). El dios de Tiahuanaco era todavía más antiguo que el dios blanco de los mayas. ¿Se llamaba ya entonces Viracocha? Habida cuenta de que llegó a Tiahuanaco unos 300 años a.J.C., que Kukulkan aparece entre los mayas a principios de nuestra era, y que sabemos de Quetzalcóatl que hacia el año 900 estaba entre los olmecas, tenemos un período de casi doce siglos, durante los cuales los dioses blancos guardaron intactos los caracteres de la raza caucásica, según lo prueban sus estatuas. O sea que puede hablarse de una verdadera dinastía de los

---

(12) Honoré, 1965, p.291. Se agrega: "He aquí el momento solemne en que una cultura rudimentaria que había permanecido estacionaria durante 10.000 años, quizá incluso 20.000, se transforma de súbito en una gran civilización. No menos de improviso surge de Tiahuanaco" (p.293). Aparte de lo erróneo del concepto básico (basta con recordar el largo proceso de agricultura precerámica, ya conocido para México y parcialmente para el Perú en la época de la publicación del libro), señalemos el importante error de ubicar hacia el 100 a.C. el comienzo de la cultura Olmeca, cuando la fecha correcta es de 1200 a.C.

(13) Un ejemplo ciertamente grueso: Después de decir que la antigua palabra griega *theos* (divinidad) pudo llegar a los indios junto con el "dios blanco", establece dos posibles etimologías para el nombre de Tiahuanaco: a) de *Tiwan* (emparentado con el sánscrito *dewan*): "que proviene de dios"; b) "*Tia* significa en aymara "claridad y grandeza, lo que resplandece en el horizonte". En la escritura linear B cretense, wa-na-ka significa rey. O sea que *Tia-wa-na-co* podría significar "rey dios", "el dios claro o que resplandece". Bien mirado, parece realmente difícil encontrar una descripción más acertada para designar al dios blanco" (Honoré, 1965, pp. 234-235). Aparte de lo forzado de la combinación, la escritura linear B comenzó a usarse en Creta junto con el idioma griego traído por invasores del Continente unos 100 años después de la supuesta partida del grupo que migró hacia América.

dioses blancos, la cual se mantuvo durante más de mil años en el Nuevo Mundo" (Op.cit., p.305). Con una superficialidad típicamente positivista, dice luego que, dado que el pueblo creía en la inmortalidad de esos "dioses", cuando esos personajes morían "su muerte se ocultaba al pueblo. Los sacerdotes colocaban el cadáver en suntuosos sarcófagos que escondían luego bajo las pirámides, después de lo cual anunciaban al pueblo que el dios blanco había partido allende los mares, no sin antes haber prometido que volvería". Por lo tanto, el pueblo "esperaba con impaciencia la vuelta de su bienhechor" (pp.305-306). Ni en el Egipto ni en Mesoamérica se enterraba a los reyes en lugares profundos con pasadizos sellados para engañar al "pueblo" sobre el destino del gobernante, sino como paralelismo a los ritos de iniciación, simbolizando el "viaje al Más Allá". Secundariamente, ello servía para dificultar las profanaciones, en vista de las riquezas con que se acompañaba al muerto en la tumba.

El libro de Honoré es de agradable lectura y bien ilustrado, y proporciona muchos datos sobre la historia de las investigaciones en la América Nuclear. Pero su último capítulo (XX) nos termina de convencer de que no deja de ser un libro sensacionalista: después de mencionar una publicación sobre petroglifos del área amazónica, con supuestas inscripciones fenicias, del aficionado brasileño Bernardo da Silva Ramos (1930), dice haber seguido sus rastros desde Manaos y redescubierto el grupo principal, ubicado horizontalmente en rocas que, salvo una vez cada diez años, se hallan tapadas por las aguas del río Urubú. El no los pudo fotografiar, pues al tiempo de su visita se hallaban bajo agua, pero dice haber comprobado que los dibujos de Ramos eran esencialmente correctos. Una sola foto (lám.69) muestra algo del paisaje. Las figuras de ese sitio incluirían un toro, una cabeza humana con cuernos, peces y otros animales. Otros lugares con grabados presentan trazos rectilíneos, "signos que muestran peculiaridades de la antigua escritura cretense" (p.328). ¿Basta con ello para creer que en la extensa región amazónica "algún día una expedición encontrará la vieja ciudad, la primera que el dios blanco erigió en el Nuevo Mundo. (...) Ante nuestros ojos cobrará nueva vida una historia de un mundo de hace 3500 años." (p.328) ?

Más allá de las inconsistencias cronológicas y otros errores o interpretaciones forzadas, la tesis básica de Honoré es inaceptable, puesta frente a los datos e interpretaciones de la moderna historia comparada de las religiones. La interpretación "humanizante" de los dioses o héroes civilizadores —variante del viejo *evemerismo* grecorromano— constituye una visión unilateral, simplificadora de una realidad mítica mucho más compleja. Esto lo volveremos a expresar más abajo, al comentar la identificación del "Dios Sol" americano, no ya con "un marino de alguna flota arcaica" de la época del Bronce

Mediterráneo (p.329), sino con un *jarl* o jefe vikingo de fines del siglo X de la era cristiana...

La tesis de Honoré se compagina con la de Charles Hapgood en su libro sobre "los antiguos reyes del mar" (1966), quien, al estudiar los periplos y la cartografía de la Antigüedad, considera que en una época anterior al primer mileno a.J.C. hubo una navegación altamente desarrollada, y que pudo haber circunnavegado el Africa y llegado a América. (Uno de sus indicios es el discutido mapa del almirante turco Piri Reis, en la suposición de que en su compilación, efectuada en 1513, éste hubiera copiado mapas mucho más antiguos).

La misma idea es retomada por Cyrus Gordon, profesor de lenguas semíticas y director del Departamento de Estudios Mediterráneos en la Universidad de Brandeis (Estados Unidos), en su libro *Before Columbus* (Nueva York, 1971), cuya versión francesa de 1973 hemos consultado. Dice que "debemos comenzar a contar con los pueblos del mar y no solamente con los 'pueblos de la tierra'" (1973, p.47), y señala espe.íficamente la documentación existente respecto a una red internacional de comerciantes-navegantes durante la segunda mitad de la Edad del Bronce Mediterráneo (1800-1200 a.C.). Ello presupone un avance científico y técnico iniciado ya en épocas anteriores, que luego —en la llamada "Edad del Hierro"— quedó en buena parte olvidado.(14) Además del centro mediterráneo, reconoce Gordon la existencia de otro en la antigua China, y que desde esa zona también habrían partido influencias hacia América.

---

(14) Muy dudoso nos parece el argumento extraido del mapa de Piri Reis, de cuyas supuestas lejanas fuentes de época precolombina (postuladas por Hapgood) no hay pruebas. El contorno atlántico de Sudamérica no es tan exacto como se dice, y nada impide que lo que algunos creen el contorno de la Antártida (libre de hielos! ? ) sea en realidad una prolongación de la costa sudamericana, más o menos hipotética, con fuente en navegaciones secretas efectuadas en los primeros años después del Descubrimiento colombino. De otro modo ¿cómo explicar que no esté señalado el Estrecho de Magallanes y el amplio Estrecho de Drake? Si los navegantes del milenio II a.C. conocían Norteamérica ¿por qué esa parte del mapa es tan deficiente? (Ver ilustración del mapa de Piri Reis en Gordon, 1973, lám.VII; también en Ibarra Grasso, 1970, p.81, y Kirbus, 1976, p.13, entre otros). Sobre esto, nos advierte oportunamente Ibarra Grasso en su estudio sobre los indicios de un conocimiento de las costas occidentales americanas a comienzos de nuestra era 1970, p.80): "Lo que parecen ser las costas de América del Norte, son en realidad las costas del extremo de Asia, y lo que se llama Cuba —por falta de interpretación de Levillier, de quien copiamos este mapa— es en realidad el Japón, cosa que se puede ver fácilmente comparando su forma con la del *Zipango* del mapa de Martin Behaim y de otros".

Otro mapa reproducido por el mismo autor, del portugués Lopo Homem fechado en 1519, muestra la misma prolongación "seudoantártica" del continente americano, que se continúa en una línea que probablemente corresponda a la costa occidental de Sudamérica, según tesis bastante aceptable de Ibarra Grasso. (Ver 1970, pp.106-107). Ambos mapas, el de Piri Reis y el de L. Homem, deben haber bebido de las mismas fuentes, remontables parcialmente a la antigüedad

En general, el esquema de Gordon es *polidifusionista*: Ha habido influencias en todos los tiempos, al menos desde el comienzo del período del Bronce (III mileno a.C.), y en distintas direcciones. Para América, los indicios señalados para este proceso son bastante vagos. Uno de ellos lo proporcionarían las estatuillas y piezas de cerámica con rostros humanos de distinto tipo, incluido europoide y negroide, atribuidas en su mayoría al Precásico mesoamericano. (De ahí a creer que recién a comienzos del período Clásico, o sea hacia comienzos de nuestra era, haya llegado la población mongoloide americana —que en p.190 denomina "tipos indígenas maya y azteca"— desplazando a los anteriores, hay mucho trecho: no existe ninguna base antropológico-física que sustente esta opinión). El tema de los "extraños rostros" americanos es ciertamente intrigante; Alejandro von Wuthenau, coleccionista e investigador independiente establecido en México, es quien ha insistido en la tesis de la presencia de "semitas" y africanos en Mesoamérica en tiempos antiguos en un bien ilustrado libro traducido a varios idiomas y en presentaciones a congresos (ver resumen en 1968). Pero, como lo señala oportunamente el africanista R. Mauny: "Dichas espléndidas obras de arte carecen lamentablemente de toda significación arqueológica: en su casi totalidad no han sido halladas en excavaciones, y no se conoce ni su procedencia exacta, ni su contexto, ni menos aún su cronología. Nada impide que algunas sean de épocas postcolombinas, y otras aún, falsificaciones modernas." (1971, p.376).

Como otros autores comentados, Gordon cae en el evemerismo al comparar y equiparar a Quetzalcóatl (o Kukulkan) con el "hombre-pez" Oannes que, según Beroso, había enseñado todas las artes a los habitantes de la Mesopotamia, y al interpretar a ambos personajes como antiguos navegantes-civilizadores (1973, p.77).

El libro comentado contiene numerosas notas y disgresiones, muchas de ellas sin duda interesantes (sobre todo las que se refieren al Cercano Oriente). Queremos entresacar cuatro o cinco aportes concretos, que *podrían* reflejar casos de contactos directos vía transatlántica. Serían, por orden de supuesta antigüedad, los siguientes: 1) La *Piedra de Metcalf* (nombre de su descubridor), encontrada en 1966 entre los restos de un viejo molino en Fort Benning, cerca de Columbus en Georgia, que presenta incisiones con forma de signos lineales. Cree Gordon que se trata de una escritura que "presenta

---

grecorromana, pero no prehistórica.

En realidad, la prolongación "seudoantártica" de América hacia el Este, constituye una transposición a este continente de lo que en mapas más antiguos se hacía con el Africa, comenzando con los de Marino de Tiro y Claudio Ptolomeo (siglos I y II A.D.). Esa prolongación es llamada "Terra incognita", mostrando de esa forma que es puramente teórica. (Ver Ibarra Grasso, 1970, pp. 20-33). O bien, como un reflejo del conocimiento de la costa norte de Australia, como lo supone este mismo autor (p.181).

afinidades con la de los egeos de la segunda mitad del milenario II a.C., cuyo silabismo está representado por la escritura linear minoica A y por la escritura linear micénica B" (p.95), aunque algunas letras también se asemejan a las del alfabeto fenicio. Considera prematuro intentar su lectura o interpretación. La foto publicada en lámina XIV del libro muestra, en efecto, algunos trazos vagos e imprecisos sobre una superficie irregular, aunque difícilmente atribuibles a causas naturales. En opinión de M. McKusick —fuerte crítico de estas teorías— puede tratarse de una "piedra de encantamiento" de los aborígenes; en todo caso, "los dibujos son demasiado escasos como para sugerir que las galeras del Mediterráneo hayan remontado los ríos norteamericanos hasta el interior de Georgia" (1979, p.139).

2) La *Piedra de Paraíba*, presuntamente descubierta por unos esclavos en una plantación de dicho estado en el N.E. del Brasil en 1872, y cuya copia y documentación original, obtenida modernamente por el Dr. J. Piccus, le fuera ofrecida por éste al autor. Su autenticidad, categóricamente puesta en duda el siglo pasado por E. Renan y otros especialistas, es aceptada por Gordon, sobre todo por contener formas gramaticales y giros idiomáticos desconocidos en aquel entonces. Su nueva lectura de este supuesto texto cananeo —que habla de una expedición partida del puerto de Ezion-Geber en el Mar Rojo, la que tras circunnavegar el Africa fue arrojada hacia las costas orientales de América— lleva a proponer como datación la fecha de 531 a.C., es decir, comienzos del Imperio Persa y cuando el Estrecho de Gibraltar estaba bajo control de los cartagineses (pp.128-138). Lamentablemente, la validez de este importante documento se resiente por no haberse nunca logrado ubicar y conocer la piedra original. Curiosamente, el autor tampoco proporciona en su libro una ilustración de la supuesta copia manuscrita que había efectuado el informante de 1872, dueño de la *fazenda* en la cual se habría localizado la piedra grabada. Gordon no menciona en el libro la polémica desatada en 1968 a raíz de su publicación original sobre el tema en la revista *Orientalia*, en la que dos especialistas en lenguas y escrituras semíticas (F.M. Cross y J. Friedrich) rechazan los argumentos de Gordon e insisten en que se trata de un fraude.(15) Posteriormente se alzaron nuevas voces, todas negativas, tanto por parte de autores europeos y norteamericanos como brasileños (McKusick, 1979; Kipper, 1980). La falsificación habría sido hecha para

(15) Una útil y detallada historia y "estado actual" de la cuestión de la Piedra de Paraíba ha efectuado F. Pérez Castro (1971), incluyendo también una curiosa intervención del filólogo y biblista alemán L. Delekat, quien defiende la autenticidad de la inscripción pero procediendo a una "corrección" del texto con una nueva lectura, y una interpretación altamente fantasiosa del supuesto viaje de la embarcación fenicia —datado un siglo después de la atribución de Gordon—, cuyo itinerario habría cruzado el Océano Indico, costeado el Asia Oriental, cruzado el Pacífico hasta Alaska' y luego dado toda la vuelta al continente americano hasta llegar a Paraíba! !

*entretener* al emperador Dom Pedro II, aficionado a los estudios orientales.

3) La *inscripción hebrea de Bat Creek*, cerca del río Tennessee en el estado de este nombre, hallada en el curso de excavaciones arqueológicas efectuadas a fines del siglo pasado en un túmulo (*mound*) que contenía 9 esqueletos, inclusivo uno con ajuar. La piedra se conserva en la Smithsonian Institution de Washington. Por la forma de las letras, Gordon la ubica a comienzos del siglo II A.D., época del Imperio Romano, y señala la coincidencia con el hallazgo de monedas judaicas de la época de la rebelión de Bar Cochba contra Roma (132-135 A.D.) en tres sitios del vecino estado de Kentucky. ¿Casualidad, o prueba de la llegada de "un grupo de refugiados judíos que vinieron a América a buscar el orden mesiánico, después de que su esperanza fuera rota en el Viejo Mundo"? (1973, p.205). A esto se agregarían algunas monedas romanas encontradas en Tennessee hace más de 150 años. Gordon traduce la breve inscripción (con algunas dudas) como: "Para Judea, el fin de los días". Sin embargo, también para esto han surgido objeciones. En su comentario ya citado, McKusick (1979, p.139) señala el carácter postcolombino de los hallazgos en el sitio de Bat Creek, correspondients a los indios Cherokee, quienes utilizaban en las décadas siguientes a 1820 un sistema silábico inventado por su jefe Sequoyah, cuyos caracteres a pesar de derivar de las letras inglesas casualmente se asemejan a los caracteres "cananeos tardíos" que presenta la inscripción. En cuanto a las monedas, no se conocen con exactitud sus condiciones de hallazgo, lo mismo que otras, también romanas, que alguna vez habrían aparecido en Venezuela.

4) La *cabeza romana de Calixlahuaca*, en México central. El menos dudoso de estos hallazgos, ya que fue realizado en el curso de la excavación de una pirámide datada en el primer milenio A.D. Se trata de una pequeña cabeza de cerámica, de típica fisonomía romana imperial barbada. Fue dada a conocer simultáneamente por J. García Payón y por R. Heine-Geldern en 1961, planteando este último la posibilidad de que haya llegado por vía transpacífica, partiendo desde el sur de la India, en donde por esa época había factorías romanas. Es decir, que este hallazgo no necesariamente prueba contactos transatlánticos, como lo plantea Gordon en el cap. XI de su libro.(16)

Afortunadamente, el autor acepta la falsedad de las tabletas con triple escritura de Davenport, Iowa (ver más abajo), así como de numerosos sitios con pretendidas letras fenicias del Brasil, ya que no las menciona.

---

(16) Ver también el comentario sobre éste y otros hallazgos y argumentos que giran alrededor de los contactos transpacíficos, en Bárcena, 1972-1973 a.

Los demás argumentos son aún más endebles, comenzando por los de carácter lingüístico. Resulta ciertamente extraño que un especialista como Cyrus Gordon muestre tan escaso sentido crítico al "sugerir" que la raíz *para*(n), básica para numerosos nombres de ríos sudamericanos (Paraná, etc.), fue traída por navegantes a quienes se había signado la misión de explorar y cartografiar ese sector del continente, quienes se hallaban emparentados con los que exploraron la Mesopotamia antes de 4000 a.C. y legaron a su posteridad el nombre de Eufrates (*Buranum* sumerio, *Prat* semítico) (Op. cit., pp.141-143). ¡Si la abundancia de nombres con aquella raíz en el E. y S.E. de Sudamérica se debe a que pertenece al idioma o familia tupí-guaraní, difundido en esa amplia región en tiempos relativamente recientes (aprox. entre los años 500 y 1500), y si esos nombres no existen en Norteamérica no es por no haber explorado esa zona los protosumerios, sino porque allí no existe el idioma guaraní! Otra *gaffe* es asignarle a la serpiente emplumada mesoamericana cabeza de hombre barbado: una cosa es este último, personificación del ser divino, y otra cosa es su símbolo, emblema o jeroglífico, cuya cabeza es siempre ofídica, aunque en algunos casos aparece con las fauces abiertas, con una cabeza humana en su interior. En cuanto a la posibilidad de que México u otras regiones atlánticas cercanas pudieran identificarse con la Tarsis bíblica (p.148), revela una increíble desestimación de la clásica obra de A. Schulten (1945) así como de otros autores, que si bien difieren en detalles y en interpretaciones, están unánimes en cuanto a la ubicación de Tarsis = Tartessos en la actual Andalucía. Decir que "no es por casualidad que el adorno de plumas sobre la cabeza del guerrero del Disco de Phaistos cretense (portado también por los filisteos) sea algo común con los indígenas americanos" (p.116) revela no poca ingenuidad, así como unilateralidad metodológica. ¿No usaban plumas en la cabeza también los cazadores levantinos del Mesolítico? ¿No constituyen las plumas elementos ceremoniales de muchos pueblos asiáticos y africanos?

Quedan así descartadas, al menos sobre la base de los argumentos de Honoré y de Gordon, las relaciones comerciales más o menos regulares en los milenios II y I a.C. o aún anteriores, entre el mundo mediterráneo y el continente americano, y por lo tanto una influencia cultural significativa de aquél sobre éste. Sí puede admitirse la posibilidad de una llegada, casual y en diferentes momentos, de pequeños contingentes, rápidamente extinguidos o absorbidos dentro de la masa genética y cultural americana. Aún si los pocos hallazgos concretos señalados en el libro de Gordon fueran aceptables, no pasarían de ser ejemplos de tales llegadas casuales, y nada más.

Las objeciones a las opiniones contenidas en los dos libros anteriores, pueden hacerse con mayor razón aún al tercero. Su autor, Barry Fell, es biólogo marino de la Universidad de Harvard; o sea, que

conoce la metodología científica y posee un mínimo de espíritu crítico. Y sin embargo, en su libro *America B.C.* ("América antes de Cristo") acepta sin más una serie de sitios e "inscripciones" que, según consenso de historiadores y arqueólogos carecen de validez, sea por tratarse de formaciones naturales, incisiones no intencionales, petroglifos indígenas, o fraudes demostrados, como el caso de las ya citadas "tabletas de Iowa". Estas habrían sido "halladas" en 1874 cerca de la población de Davenport en un túmulo funerario; Fell logró "descifrarlas", identificando tres clases de escritura: jeroglíficos egipcios, alfabeto ibérico o púnico que se utilizaba en España hacia mediados del milenio I a.C., y "escritura libia" (¿los *tifinars* del Sahara? ). ¡ Una verdadera "Piedra de Rosetta" americana ! ¡ Una colonia de egipcios, ibéricos y libios (fechada por Fell en el 800 a.C.) sobre el alto Mississippi, a 1500 km de la costa atlántica !

A todo esto, nos informa el arqueólogo norteamericano John R. Cole en su demoledora crítica al libro, que ya desde hace tiempo se conocía la "conspiración de Davenport", dado que se trató de un fraude confesado por sus propios autores, quienes usaron herramientas de acero para grabar los signos sobre lajas de pizarra extraídas del tejado de un edificio de Davenport. (Cole, 1978, p.65). M. McKusick, quien había publicado en 1970 un detallado estudio sobre esta cuestión, nos dice que los autores del fraude fueron algunos miembros de la "Academia de Ciencias Naturales" de Davenport: colocaron las tabletas en túmulos indígenas de la zona, con el fin de desconcertar a un clérigo suizo allí residente, quien los había antagonizado. Las letras fueron copiadas de un diccionario enciclopédico. (McKusick, 1979, p.138).

Mystery Hill (ubicado a 67 km al norte de Boston) y otros sitios de Nueva Inglaterra han sido indentificadas por arqueólogos profesionales como cosntrucciones de piedra de los primeros tiempos de la colonización europea (bodegas subterráneas o semisubterráneas, pozos para agua, fundamentos de casas, etc.), a veces superpuestas a sitios indígenas precolombinos; nada que ver pues con Stonehenge y otros sitios megalíticos europeos, ni con "cuevas de monjes" irlandeses de la Edad Media...(17) Algunas "inscripciones célticas" se hallan escritas en idioma céltico moderno (gaélico) y no en la forma lingüística de más de 2000 años atrás como se pretende.

Por lo demás, habría que formular la misma pregunta que la hecha respecto a las migraciones o influencias minoicas, protomediterráneas o

---

(17) El sitio de Mystery Hill, desgraciadamente muy destruido, permanece un tanto enigmático a pesar del esfuerzo de algunos investigadores. La historia de su exploración y de sus diversas interpretaciones se halla en varias obras de divulgación; por ej. Fourneaux, 1977, pp.255-261, y McKern, 1973, cap.6. John Cole ha informado recientemente sobre trabajos de campo realizados bajo su dirección en varios sitios con estas estructuras pétreas en la zona occidental de Masachussetts, confirmando su datación moderna (1980).

fenicias: si realmente se hubieran producido colonizaciones y relaciones comerciales entre Europa/Norte de Africa y el continente norteamericano en el primer milenio A.C. y parte del I milenio A.D. como lo cree Barry Fell, ¿dónde están los testimonios materiales que tendrían que haber quedado: sitios de hábitat, artefactos, vasijas, indicios de plantas cultivadas y de huesos de animales domesticados traídos desde el Viejo Mundo, etc.? ¿Por qué sólo habrían quedado inscripciones y restos de construcciones funerarias o ceremoniales?

Lo lamentable —como bien lo puntualiza Cole— es que presentaciones como la de Fell desprestigian a la "causa" de las difusiones y contactos transatlánticos precolombinos. *Podría*, en efecto, haber alguna inscripción auténtica, sepultada entre tanta mezcolanza y confusión interpretativa; pero los errores de estos hiperdifusionistas llevan a quien busca objetividad a una posición de escepticismo y de mayor exigencia de pruebas rigurosas. Agreguemos, por nuestra parte, que la categoría de "hombre de ciencia" detentada por el autor del libro y que tiende a conferirle mayor credibilidad ante el "gran público", resulta un factor contraproducente respecto a una real *formación cultural* de ese público interesado en los avances del conocimiento antropológico. La labor de divulgación no debe ser hecha en forma tendenciosa, aprovechando la ignorancia y la falta de espíritu crítico de ese público. Debe mostrarse que la Ciencia del Hombre no rehuye las hipótesis y las ideas nuevas; por el contrario, es a través de éstas que se logran los avances. Pero algo muy distinto es ignorar o falsear los datos objetivos, trabajando obsesivamente en favor de una supuesta verdad "revolucionaria", que debe ser aceptada si no se quiere caer bajo el reproche de "mentalidad rutinaria" y cosas peores...(18)

## 3. Dos palabras sobre atlantómanos, gigantófilos y fantaseadores espaciales.

Dentro de su parcialidad y de sus errores, las obras reseñadas constituyen intentos relativamente serios para desentrañar el "enigma americano", y sus autores actúan de buena fe. Lo mismo debe decirse de un planteo fundado en datos objetivos del arqueólogo español José Alcina Franch, en relación a la posibilidad de contactos transatlánticos como causantes de la aparición de algunos elementos arqueológicos pertenecientes a las culturas "formativas" (neolíticas y calcolíticas) del área Nuclear americana (ejemplificado sobre todo en las pintaderas, las

---

(18) Una interesante crítica al libro de Fell, sobre todo desde el punto de vista lingüístico, ha sido también formulada por dos integrantes de la Smithsonian Institution (Goddard y Fizhugh, 1978), complementada por las útiles observaciones de McKusick en su nota de 1979 (aparecida, al igual que la anterior, en la revista *Biblical Archeologist*).

vasijas con mango-vertedero, las vasijas trípodes y polípodas, y las figuras femeninas perniabiertas; Alcina, 1969, 1971).(19)

Algo muy distinto —ya que por momentos entra en el terreno de la falta de ética— lo constituye una literatura que se inició tímidamente hacia 1960 con *El retorno de los Brujos* de Pauwels y Bergier, que se continuó con la revista "Planeta" (los que al menos tienen algunos aspectos rescatables), siguiendo luego con R. Charroux en Francia, A. Ribera en España, P. Kolosimo en Italia y R. Drake en Inglaterra y Estados Unidos, entre otros, y que alcanzó su eclosión hacia 1968-1969 con la *dänikitis* provocada en Alemania por los *Recuerdos del Futuro* y el *Regreso a las Estrellas*, seguido luego por otros libros más de Erich von Däniken, el autor de más amplio *record* de ventas en todo el mundo. En estas obras se halla también presente el mundo americano precolombino. Si bien la teoría de la "visita de seres extraterrestres" no puede calificarse de historicista en el sentido dado anteriormente, sí se la puede calificar de *evemerista*, dado que se postula que los *dioses* de la Antigüedad no son sino recuerdos idealizados de seres de estructura similar a la de nosotros, pero mucho más avanzados científica y técnicamente, que en diversas ocasiones tomaron contacto con la tierra e influyeron decisivamente en la formación del hombre y de su cultura. No es el momento de ocuparnos de esta teoría (que ha sido calificada como "una mitología de la inteligencia técnica"), la que ha sido retomada en diversa forma por periodistas, románticos, seudomísticos y obsesionados de toda clase (y, naturalmente, por los buscadores de notoriedad y de dinero). (20)

Tampoco vamos a hablar aquí de una literatura cuya temática no está tan "sobre el tapete" como la anterior, pero que también ha dejado su cuota de impacto sobre la masificada sociedad contemporánea: en primer lugar, un renacimiento de lo que alguna vez se llamó atlantofilia y atlantomanía, principalmente por efecto de los libros de Charles Berlitz (*El misterio de la Atlántida*, Barcelona 1976; *Misterios de los mundos olvidados*, Barcelona/Buenos Aires 1977). Se especula allí sobre la existencia de la perdida isla de Atlantis en la zona de las islas Bahamas, en donde se habrían localizado restos de murallas y de grandes recintos circulares debajo del nivel del mar actual. Sólo trabajos sistemáticos de arqueología submarina dirán la última palabra sobre esto. (Las ruinas, si existen, muy bien pueden corresponder a alguna cultura

---

(19) Véase un buen comentario acerca de esta hipótesis en: Bárcena, 1972-1973 b.

(20) El autor ha publicado un artículo de divulgación criticando a Erich von Däniken (Schobinger, 1977), hallándose en prensa un librito que incluye un capítulo sobre la misma temática. Puede verse también, entre otros: F. Sampaio, *A verdade sobre os Deuses Astronautas*, Porto Alegre, 1973, y R. Story, *The Space-Gods revealed*, Nueva York, 1976.

precolombina). (21) El tema de la Atlántida es múltiple e inagotable, y ejerce una fascinación a la que no ha podido sustraerse quien esto escribe. Su opinión al respecto ha sido expresada en otra parte (Schobinger, 1971); sintéticamente: se trata de una realidad, pero en el plano mítico—espiritual. Por lo tanto, ni la Atlántida ni la "Tierra Firme" situada más allá, mencionadas por Platón, autorizan a deducir la existencia de antiguas navegaciones desde el ámbito mediterráneo a América (idea sostenida por C. Gordon, 1973, p. 116).

Han reaparecido asimismo los Gigantes (que hace 25 años habían sido relacionados con la Atlántida por Denis Saurat, partidario de la teoría de la "cosmogonía glacial" de Hörbiger, en la que se postulan grandes ciclos de cataclismos de origen lunar). Quien habla de ellos modernamente es el abogado y esoterista peruano Daniel Ruzo en su libro *La historia fantástica de un descubrimiento. Los templos de piedra de una humanidad desaparecida.* (México, 1974). Una vez más son los Andes el asiento de una etapa primordial, manifestada en restos de "templos" y enormes esculturas de piedra en la altiplanicie de Marcahuasi, en Perú central. Basta una mirada a las fotografías para darse cuenta de que se trata de formaciones naturales. Otros libros que tocan el tema se basan en mitos y leyendas, o en la mención de los dólmenes y menhires de Europa occidental (L. Charpentier: *Los gigantes y su origen*. Barcelona, 1972). ¿Cómo no entienden esos autores que la verdad de dichas leyendas es exclusivamente de carácter espiritual y simbólico? (22)

Combinado o no con el tema de la Atlántida está el de las "cavernas misteriosas", construídas por sabios sobrevivientes del Diluvio (A. Tomas: *Los secretos de la Atlántida*, Esplugas de Llobregat/ Barcelona, 1976), o formando parte del mundo subterráneo de *La tierra hueca* (por R. Bernard, Buenos Aires, 1975), lo cual a su vez puede estar relacionado con astronautas de la prehistoria o con los OVNI de la actualidad... Basta con hojear ambos libros para darse cuenta de que representan una verdadera seudociencia del absurdo. (23)

---

(21) En otro "best seller" de Berlitz (*Sin Rastro*, Barcelona/Buenos Aires, 1977) se plantea una relación de la Atlántida con el llamado "triángulo mortal de las Bermudas": problemática resbaladiza que obviamente cae fuera de nuestro estudio. Se reitera la existencia de murallas sumergidas (discutidas por algunos geólogos), y de una aparente pirámide de dimensiones similares a la de Kheops (? ! ).

(22) No sólo se habla de gigantes para el lejano pasado; también se los busca en la actualidad. Leemos en informaciones periodísticas del año 1978 sobre ataques que habrían sido efectuados por individuos de más de 2 metros de altura en la zona selvática del norte del Perú, así como sobre una expedición de antropólogos y camarógrafos franceses en busca del legendario Paititi y de presuntos gigantes en la vertiente oriental de los Andes peruanos (que debieron ser auxiliados por helicópteros).

(23) Como muestra, baste lo siguiente: Hablando de los vascos (después de

## 4. Vikingos en Sudamérica: trabajos y teorías de Jacques de Mahieu

El caso de los "vikingos en Centro y Sudamérica", y concretamente de las aseveraciones al respecto por parte de Jacques de Mahieu, es un tanto especial. Posee algo de lo tratado en el acápite 2, pero también mucho del grupo de obras que hemos mencionado en el acápite 3. Dado que su autor posee un doctorado, y se titula antropólogo y director de un "Instituto de Ciencia del Hombre" en la ciudad de Buenos Aires, y dado que sus obras han sido publicadas en francés y en castellano por una importante editorial franco-argentina, su teoría —formulada con gran seguridad y no poca erudición— no puede ser ignorada por quienes desean estar al tanto de la antropología americanista en la actualidad.

Un curioso antecedente lo constituye un trabajo presentado por el geólogo Raymond Chaulot (como el anterior, francés residente en la Argentina) al "Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro", realizado en 1941 en la ciudad de Córdoba. En el mismo se sostiene el posible origen vikingo/normando de los indígenas Comechingones de la región serrana de Córdoba (con antepasados mestizados más al norte). La pilosidad de estos indígenas, algunos motivos extraídos de las pinturas rupestres del Cerro Colorado en el norte de dicha provincia (incluso algunos trazos interpretados como "runas"), arbitrarias deducciones arqueológicas y lingüísticas son los elementos que dieron pábulo a esa opinión. En su libro sobre *Los Comechingones* (Córdoba, 1945), el profesor Antonio Serrano la criticó con dureza, señalando que ya en el siglo pasado existió la idea por parte de algunos autores, "que pretendieron ver en la arqueología y etnología americana influencias normandas" (Op. cit., p.126).(24)

Antes de exponer y comentar lo dicho por J. de Mahieu en sus publicaciones, puede ser útil hacer una cronología de las mismas y de

---

decir que el juego de pelota vasca hace pensar inmediatamente en el "juego de pelota" maya, y que se trata de los descendientes de los hombres de Cro-Magnon de fines de la Edad Glacial "que no estaban emparentados con ninguna raza del Este"), dice que "sólo ellos entre los pueblos de la Europa occidental, han conservado la costumbre de las danzas animales y totémicas de las razas primitivas. Compartían con los antiguos egipcios y los incas la creencia en la inmortalidad de un cuerpo no sepultado. La costumbre de reducir artificialmente las cabezas se había mantenido entre los vascos lo mismo que entre los indios de América Central" (Thomas, op. cit., pp.30-31). A la falsedad de lo atribuido a los vascos se agrega el error de localización geográfica: no son indígenas de América Central quienes reducen artificialmente las cabezas, sino los jíbaros de la vertiente amazónica del Ecuador...

(24) Vida y obra de Raymond Chaulot, como anticipador de las teorías de Mahieu, se hallan expuestas en un artículo de R. Ferrero (1977). En un curioso artículo de Ramón P. Gómez (1979), titulado "El *sauna* de los Comechingones", se vuelve a hablar de las pretendidas influencias nórdicas entre los indígenas cordobeses.

los trabajos realizados por el Instituto de Ciencia del Hombre por él formado:

1969: Se organiza la "Misión Argentina Mariscal Francisco Solano López", con el auspicio del Ministerio de Cultura y Educación y la colaboración financiera del Ministerio de Bienestar Social del gobierno argentino. (Para los viajes y expediciones que se harán en los años siguientes se cuenta también con el apoyo de las autoridades paraguayas).

Principios de 1970: Los licenciados Pedro E. y Jorge A. Rivero realizan el primer estudio antropológico–físico de indígenas *Guayaquí* en el Cerro Morotí (Paraguay).

Mediados de 1970: Se redacta un informe preliminar sobre los estudios antedichos. En septiembre de ese año J. de Mahieu y P. Rivero completan el relevamiento antropométrico en Cerro Morotí, y obtienen tres fragmentos de cerámica pintada desenterrada poco antes.

Noviembre 1970: P. Rivero y E. Codina efectúan una excavación en el sitio de hallazgo de los fragmentos citados. Encuentran urnas fragmentadas y una entera, con fragmentos grabados y pintados en su interior. Se lo interpreta como un escondrijo, atribuido a principios del siglo XVII, época en que los indígenas guayaquíes se encontraban acosados por las Milicias Guaraníes de los jesuítas.

1971: Se publica en Francia el primer libro de Jacques de Mahieu: *Le grand voyage du Dieu–Soleil*. (Ed. Hachette, Paris). Al año siguiente se publica una edición alemana.

Febrero 1972: Segunda campaña de estudio del grupo guaraní de Cerro Morotí. Relevamiento de los petroglifos del Cerro Polilla, en el Cerro Ivytiruzú, cerca de Villarrica.

1972: El Instituto de Ciencia del Hombre publica otro artículo sobre el origen de los Guayaquí.

Octubre 1972: El Instituto de Ciencia del Hombre publica el folleto de 45 páginas *Las inscripciones rúnicas precolombinas del Paraguay*. Basado sobre todo en los trazos pintados que presentan los fragmentos de cerámica del yacimiento de Cerro Morotí, y en algunos de los grabados rupestres del Cerro Polilla.

Enero 1973: Se dan noticias periodísticas en Asunción sobre el descubrimiento de numerosos petroglifos en grutas o abrigos rocosos del Cerro Guazú y de otros sitios de la Sierra de Amambay (N.E. del Paraguay). Habían sido localizados a partir de 1970 por el geólogo Pedro M. González, pero sin dárseles importancia en su momento.

Septiembre–octubre 1973: Expedición de relevamiento de una parte de los citados petroglifos, por parte de dos colaboradores del instituto (J.F. Mongibeaux y J.P. Bouleau), quienes contaron para ello con una beca de la "Dotation Nationale de l'Aventure" de Paris. También localizan un "dolmen" en el flanco sur de la Sierra de Amambay.

Febrero 1974: Un aficionado de Buenos Aires, el arquitecto Franz Pirker, visita bajo la guía del geólogo González los sitios del Cerro Guazú y obtiene documen-

tación fotográfica. (Se publica un informe en forma de entrevista en el diario en lengua alemana "Freie Presse" de Buenos Aires el 2.VI.1974, aceptándose la posibilidad de que existan signos rúnicos).

1974: Se publica en Francia el segundo libro de J. de Mahieu: *L'agonie du Dieu–Soleil.* (Incluye los datos publicados en el folleto de octubre de 1972).

1974: El runólogo prof. Herman Munk "descifra" parte de las inscripciones grabadas en el Cerro Guazú. Se dan las primeras noticias en la Argentina sobre estos hallazgos y su interpretación (Revista "Gente").

1974: Según lo manifestado en su tercer libro, J. de Mahieu viaja al estado de Piauí (N.E. del Brasil), para examinar el sitio de "Sete Cidades" y sus pinturas rupestres.

1975: Se publica en Francia el tercer libro de J. de Mahieu: *Drakkars sur l'Amazone.*

1975: El Instituto de Ciencia del Hombre publica el folleto: *Las inscripciones rúnicas precolombinas del Paraguay. Complemento: Cerro Guazú.* (11 pp.). Se publican fotos, y se presenta la versión "normalizada" y traducción de algunas de las presuntas frases en el antiguo idioma escandinavo, así como algunos dibujos con caballos (? ) y una presunta silueta de *drakkar* (embarcación de los vikingos).

Septiembre 1975: Mahieu anuncia en Asunción el descubrimiento de ruinas con restos de murallas en Cerro Corá y en Tacuatí (N.E. del Paraguay). Las "murallas de tipo incaico" de Cerro Corá son interpretadas como pertenecientes a una istalación vikinga. (Información de las agencias Telam—EFE, 27.IX.1975. Desconocemos una documentaciónn posterior al respecto).

1976-1979: Diversos reportajes, notas periodísticas en Argentina y Brasil (por ej.: Revista "La Nación", 25.I.76; "Manchete", 18.II.78; "Radiolandia 2000", 27.VII.79) y emisiones televisivas se refieren, en términos más o menos sensacionalistas, a los hallazgos antedichos y a las teorías de Mahieu. En una conferencia dada en Buenos Aires, el arquitecto Pirker menciona los grabados rupestres del Paraguay, pero a diferencia de lo expresado en 1974, no habla de su posible carácter rúnico sino que señala semejanza con la escritura alfabética fenicia. (Sostiene la peregrina idea de que los fenicios son originarios de América ! Ver resumen en el diario "Argentinisches Tageblatt", 2.VI.1976). Digamos, finalmente, que la única reseña que conocemos es una del segundo libro, "La agonía del Dios-Sol", por Zoraida J. Valcárcel, en el diario "La Prensa", 24.XII.1977. Poco versada en antropología americana, la autora da como reales sus afirmaciones acerca de los *Guayaquí* (objetando sólo su utilización del término "arios nórdicos"), pero señala la endeblez de su hiperdifusionismo respecto a México y Perú. Acepta, en cambio, lo que se dice acerca de una predicación del cristianismo en el Brasil y en el Imperio Incaico en el siglo XIII. (Ver más abajo).

Es dentro del mencionado lapso que aparecen las versiones castellanas de la trilogía: *El gran viaje del Dios-Sol. Los vikingos en México y en el Perú* (967-1532), Ed. Hachette, Buenos Aires 1976. (Abreviado luego como: I). *La agonía del Dios-Sol. Los vikingos en el Paraguay*, Id., 1977. (Abreviado como: II). *Drakkares en el Amazonas. Los vikingos en el Brasil*, Id., 1978. (Abreviado: III).

El autor anuncia la aparición de un cuarto libro de esta serie, titulado *El rey*

*vikingo en el Paraguay*, en el que seguramente irán incluidos los descubrimientos de la Sierra de Amambay y alrededores.

Mientras tanto, Mahieu ha publicado *La geografía secreta de América antes de Colón* (Ed. Hachette, Buenos Aires 1978), reinterpretación de la cartografía tardomedieval que da por sentada la corrección de su teoría de vinculaciones transatlánticas, formulada en sus publicaciones anteriores. (No lo incluimos en el presente comentario).

## 5. Análisis y comentario de los libros y folletos de Jacques de Mahieu

El primero de los tres libros tiene la apariencia de un tratado histórico, aunque con título sensacionalista. En el mismo se formula la teoría general del poblamiento escandinavo de zonas de Centro y Sudamérica, después de haberse efectuado los primeros estudios sobre los Guayaquí pero antes del conocimiento de los sitios con supuestas inscripciones rúnicas en las selvas paraguayas y brasileñas.

El primer capítulo es impecable. Se señalan algunos mapas que sugieren un conocimiento de las costas americanas antes del primer viaje de Colón, y se relata lo que se sabe de los viajes de los vikingos desde el norte de Europa e Islandia a las costas de Norteamérica. Se señala una colonización de Islandia anterior a éstos, por parte de monjes irlandeses en el año 795, y se plantea la posibilidad de que los mismos también hayan efectuado navegaciones hasta América. Los primeros colonos escandinavos de Groenlandia del siglo X eran paganos, y durante el siglo siguiente resisten los intentos de evangelización, hasta que en 1121 se nombra el primer obispo para la región.

A partir del segundo capítulo ya comienzan las arbitrariedades, en prosecución de una teoría preconcebida de neto corte historicista. Se habla de "indios blancos", recurriéndose en algún caso a elementos onomásticos (tribu peruana *yuracaré = yurak-kari = guerrero blanco);* en otro caso, a las "momias de Paracas", cuyo fechado radiocarbónico de unos 500 a.C. rechaza por "dudoso": "*Nos parece* difícil que se haya quemado en cada caso el kilo (sic) de materia orgánica —vale decir de momia— indispensable, según los *partidarios del método*, para obtener un resultado válido" (I, pp.65-66; subrayados nuestros). En cambio, *le parece* que podría tratarse de hiperbóreos del siglo XIII A.D.: son dolicocéfalos y de cara alargada, "muchos con pelo rubio, presentando las características fundamentales de los arios nórdicos" (Revista "La Nación", 25.I.1976, p. 6). Cabe añadir que la cronología de la fase cultural Paracas Cavernas —a la que pertenece la mayoría de los fardos funerarios ("momias") mencionados— está ubicada con seguridad en el "Formativo Tardío" peruano, entre los siglos V y II a.C.

aproximadamente, según cronología lograda en excavaciones estratigráficas y no sólo a base de materia orgánica de momia. (Por lo demás, hace falta mucho menos de un Kg. para una muestra radiocarbónica). En cuanto a la expresión "ario nórdico", o simplemente "ario", repetida en varios pasajes del libro y de los siguientes, es reveladora de ignorancia (¿o desdén? ) acerca de las normas de clasificación antropológica, que desde hace más de medio siglo evita la confusión entre grupos raciales y grupos lingüísticos, amén de que aun en la esfera lingüística se ha abandonado la designación de "ario" (que originariamente era una tribu situada en el norte de la meseta del Irán) por la de "indoeuropeo".

También se recurre a la leyenda del "dios blanco y barbado", y, naturalmente, a los "indios blancos" Guayaquí del Paraguay, según los resultados de sus trabajos e interpretaciones. Aquí nos sorprenden expresiones como éstas: "Los guayaquís machos tienen un aparato genital de conformación semejante a la de los arios nórdicos, mucho más desarrollado que el de los amerindios" (I, p. 59). "Los guayakís ríen a menudo, lo que, por sus músculos faciales, no pueden hacer los indios" (I, p. 60). Las proporciones corporales se acercarían a las de los blancos (pero no su baja estatura), y la conformación de su caja torácica es relativamente grande. La conclusión de Mahieu es que se trata de "descendientes de blancos longilíneos establecidos durante mucho tiempo en el Altiplano, donde la baja presión atmosférica provoca un aumento de la caja torácica" (I, p. 61). En el primer capítulo del segundo libro se amplían estos datos: "boca de tipo ario en el 60 % de los sujetos" (una muestra de 28 individuos), "ojos derechos, de tipo ario", en el 27 % de los casos", etc. (II, pp. 19-20). La conclusión resumida es que "Los guayakíes son los descendientes de un conjunto humano de raza blanca y biotipo longilíneo –como el *Homo europaeus septentrionalis*– que vivió, durante siglos, en el Altiplano en donde se le produjo el ensanchamiento del tronco. Posteriormente, este conjunto bajó a la selva tropical o subtropical donde sufrió un proceso degenerativo que provocó la reducción de su estatura, con todas las características propias del enanismo patológico. Más tarde, se mestizó con mujeres amerindias –verosímilmente guaraníes– que le trajeron genes mongoloides. Este último proceso es muy reciente". (II, p. 25).

Se reconstruyen luego las vicisitudes históricas de ese pueblo, hasta su sometimiento a una colonia en 1959. Mientras tanto, "la raza había seguido degenerando con ritmo acelerado. ¿En qué se habían convertido esos soldados daneses que se habían refugiado en la selva hacia 1290? ¿En qué se habían convertido esos agricultores organizados del siglo XVI? En fieras, o poco menos" (II, p. 29). Conservaron, sin embargo, algunos dibujos "runoides", cuyo significado no entienden. En cuanto al escondrijo excavado a fines de 1970 en las cercanías de la colonia de Cerro Morotí, se trata como se dijo sobre todo de una urna con típica

decoración corrugada guaraní, con 33 fragmentos en su interior, cuyos dibujos —algunos pintados, otros al parecer grabados— también se asemejan a letras rúnicas en cuatro o cinco casos. (Su descripción detallada se hace en el folleto de 1972). En uno se lee la cifra de 1305; en otro, tres pequeños caracteres latinos: R.I.P. (lo que es explicado por un supuesto aporte cristiano que hubo en Tiahuanaco en el siglo XIII), y al lado una representación esquemática del Arbol de la Vida, letras rúnicas y figuras antropomorfas similares a algunas de las tabletas *rongo-rongo* de la Isla de Pascua. Entusiasmado con esta pequeña "piedra de Rosetta", el autor ve, en una mancha ornitomorfa en la copa de otro "árbol de la vida", el águila de Valhalla, y en una línea en forma de S a su pie, a la Serpiente del Mundo (II, p. 58). En cuanto a los signos *rongo-rongo,* aportarían "la primera prueba material de la teoría de Thor Heyerdahl que sostiene, y no le faltan argumentos, que la isla de Pascua fue parcialmente poblada por un grupo de hombres del Titicaca, sobrevivientes de la batalla de la isla del Sol, que se habían embarcado en Puerto Viejo, en el actual Ecuador, en balsas..." (II, pp. 60-62). Ensambla así la suya con la teoría de Heyerdahl acerca del poblamiento americano de Polinesia (aunque modificando su cronología), sin tener en cuenta las numerosas críticas de que fue objeto.

El "escondrijo de las runas" representa un momento en que los antepasados de los guayaquí abandonaron su aldea frente a un peligro exterior (jesuítas del siglo XVII? ), y enterraron antiguas "inscripciones que simbolizaban para ellos el alma de sus antepasados" (II, p. 45), lo que sería la base para una leyenda posterior sobre la "marmita del alma".

Lo inconvincente de todas estas argumentaciones se halla, en primer lugar, en una *petitio principii:* los "indios blancos del Paraguay" demuestran que los constructores deTiahuanaco fueron europeos del Norte de la época medieval, puesto que son sus descendientes; pero ¿está demostrado esto último? Y si los 28 individuos guayaquíes estudiados tienen algunos rasgos europoides ¿está demostrado que ello no se deba a algún mestizaje de la época colonial? Por lo demás, se sabe de la existencia de grupos indígenas con pilosidad y por lo tanto, barba: así lo señalan por ej. fuentes prehistóricas respecto a los *huarpes* de la región occidental argentina, así como también los *comechingones* de la provincia de Córdoba (Canals Frau, 1953, pp. 376, 410). Según este mismo autor (siguiendo estudios de Mayntzhusen y de Métraux), los *guayaquí* constituyen un grupo arcaico del gran conjunto guaraní histórico, mientras que los guaraníes propiamente dichos serían un producto de aculturación con otro grupo amazónico. ¿Es verosímil que, en pocas décadas, vikingos navegantes —pescadores, comerciantes, eventualmente piratas— pasaran a ser grandes jefes civilizadores

endiosados, luego constructores de un imperio altiplánico con ramificaciones en la selva amazónica, y luego, por un indemostrado proceso de "degeneración", —que llevó a la pérdida de todo su patrimonio salvo algunos dibujos runoides—, en indios primitivos con arco y flecha de corte amazónico, hachas de piedra de técnica neolítica, utilizadores del tembetá o barbote, y antropófagos? ¿Que hayan perdido su idioma (que hacia el año 1300 aún existía puesto que, según Mahieu, pasó a ser la "lengua secreta" de los Incas), sustituyéndolo por un guaraní algo arcaico? (25)

Digamos, para terminar con el tema de los Guayaquí, que los individuos de tez clara no constituyen la mayoría de esa población. Según observaciones efectuadas hace más de cuatro décadas por Jehan Vellard (1939, p. 141), el color de su piel varía desde un marrón aceitunado hasta tonos más claros. Por lo demás, el mero color no tiene ninguna significación racial si no está acompañado por otros caracteres. ¿Por qué —por ejemplo— no hay individuos con ojos azules? Sin contar con que, en los casos de tez acentuadamente clara y cabello aparentemente rubio, se trata de casos de albinismo. (26)

Lo dicho no es, sin embargo, lo más inadmisible de las teorías de Jacques de Mahieu, sino su reconstrucción del periplo continental del grupo civilizador vikingo: el "gran viaje del Dios-Sol". Se trata de un admirable ejemplo de "wishful thinking", convertido en un verdadero arte, en un inteligente juego de "historia-ficción". Es tanto lo que habría que señalar, que resulta imposible hacerlo en un artículo; nos contentaremos con un análisis escueto.

El comienzo lo constituye el desembarco, cerca de Pánuco en el Golfo de México, de Quetzalcóatl, nombre que —por supuesto— no corresponde al complejísimo personaje divino de las culturas mesoamericanas, sino a un *jarl* (conde) vikingo, quien con un grupo de compañeros se convierte en héroe civilizador y logra hacerse reconocer como rey de la ciudad de Tula. Este nombre reflejaría su país de origen o de paso (ya que supone que el citado grupo es originario de Dinamarca meridional): Thule, es decir Islandia. (En realidad, el nombre

(25) El etnolingüista G. Fernández Guizetti opina, respecto al idioma de los guayakí, que "se trata de una especie de *pidgin* en el que se fusionan dos lenguas: una típicamente tupí-guaraní y otra que me es difícil identificar. Como proceso es similar al de los Sirionó en Bolivia. De cualquier modo, no puede considerarse a los guayakí como a los guaraníes arquetípicos" (Comunicación personal, 18.VII.1980).

(26) Dato proporcionado por el estudioso de Misiones, buen conocedor de la etnografía y arqueología regional, Hermann Wachnitz. (Carta del 20.I.1976). Sobre este problema, el etnógrafo A. Tomasini observa que, de los dos grupos que se unieron para formar el campamento de Arroyo Morotí, los individuos de tez más clara se dan entre los provenientes de Yñaró, mientras que los de la zona de Ivytyruzú son por lo general más morenos (1969, p.89).

originario es *Tollan*, que en idioma náhuatl significa ciudad o metrópoli, cuya similitud con Thule es más lejana y de raíz distinta). Como las tradiciones locales también hablan de un "país de Olman" situado hacia el oriente, nuestro autor supone que eso refleja el nombre del jefe escandinavo: Ullman. Curiosa evolución de un nombre que significa "hombre del dios de los cazadores" a otro que según consenso de los especialistas significa "hule"; siendo el "país del hule" la franja baja y boscosa cercana al Golfo de México (de donde deriva el nombre de los *olmecas*). Ignorando el hecho de que el quinto rey de la dinastía tolteca que vivió en el siglo X no se denominaba originariamente Quetzalcóatl sino Ce Acatl Topíltzin y que fue considerado una *personificación* del dios civilizador de ese nombre (que con su símbolo la serpiente emplumada ya existió desde mil años antes en la metrópoli sagrada de Teotihuacán), Mahieu identifica sin más a Quetzalcóatl con Ullman: nuevamente un evemerismo en el cual el personaje original ni siquiera es un rey o un gran sacerdote. Su riqueza mítico-espiritual es completamente empobrecida —y por lo tanto falseada—, al decir que "los drakkares de proa delgada, cuyos flancos cubiertos de escudos de metal centelleaban en el sol y cuya gran vela movediza parecía palpitar con el viento, les habrán parecido animales fabulosos. Tal vez sea ésta la razón por la cual Ullman entró en la historia mexicana con el nombre de Quetzalcóatl, "la Serpiente Emplumada" (II, p. 10). También es una falsedad histórico-cultural decir que ese personaje, una vez impuesta su autoridad a la "tribu" de los Toltecas, "les dio leyes, los convirtió a su religión y les enseñó las artes de la agricultura y de la metalurgia" (II, p. 10). Si la cultura del reino Tolteca fue en su mayor parte una herencia de la alta cultura "clásica" de Teotihuacán! ... (27)

---

(27) En ningún momento las crónicas señalan a este rey como usurpador, sino como sucesor legal de su padre Iztac Mixcóatl (jefe de un grupo invasor venido del norte), y luego llamado por los toltecas para gobernarlos. La cronología de este hecho, fijada por Mahieu poco después del supuesto desembarco en el año 967, no es segura; parece más probable la de 873 (u 883), dada por los Anales de Cuauhtitlán. El abandono de Tula para dirigirse al Yucatán se habría producido en el año 895. (Sáenz, 1962, p. 11-12). En tal caso, el supuesto desembarco se habría producido antes del comienzo de las navegaciones escandinavas hacia Groenlandia y el continente americano.

La riqueza simbólica y profundidad espiritual de Quetzalcóatl han sido puestas especialmente de relieve por Laurette Séjourné, 1957 y 1962. (Obras ignoradas por Mahieu, lo mismo que otra que con mayor sobriedad estudia los aspectos histórico-arqueológicos de Quetzalcóatl: Sáenz, 1962). Ver también —entre otros— los trabajos del simposio "Los dioses tutelares étnicos y los héroes deificados", del XLII Congreso Internacional de Americanistas (París, 1976; tomo VI aparecido en 1979), con interesantes aportes sobre la compleja figura de Quetzalcóatl. Hubo consenso entre sus participantes de que el dios precedió al héroe, considerado como su personificación. Dicho sea de paso, la figura de Quetzalcóatl ha sido blanco de diversas otras especulaciones extravagantes. Para Hyatt Verrill, se trata del rey acadio Naram-Sin, que vivió en el siglo XXIII a.C., llegado a México al frente de una expedición (así como su abuelo Sargón de Akkad habría llegado al Lago Titicaca, convirtiéndose allí en el dios Viracocha); para L. Taylor Hansen, se trata de un esenio de la época de Jesús, llamado "Katezahl", llegado a bordo de un barco romano...

No hemos visto ninguna base legendaria para la suposición —de tinte racista— de que, al regreso del Yucatán a donde había sido llamado por la tribu maya de los Itzá para darles leyes y reconstruir a la ciudad de Chichén-Itzá, el rey se encontró con que sus compañeros que habían permanecido en Tula se habían casado con mujeres indígenas y dado origen a una población mestiza, y de que, furioso y dolorido por ello, se reembarcó y se dirigió a la costa norte de Sudamérica. Aun sin tener en cuenta la parte mítica (autocastigo por perder la pureza sexual, descenso al reino de los muertos, elevación al cielo identificándose con la "estrella matutina" o planeta Venus), no hemos visto que en algún momento Quetzalcóatl haya regresado a Tula, ni de que haya viajado a otra zona que no sea Tlillan Tlapallan (identificada geográficamente con el área maya). En cuanto a su presentación barbada, digamos que no siempre se halla así, ni es el único ser divino representado a veces con barba.(28) Kukulkan con su simbolismo igual al de Quetzalcóatl no llegó al área maya con la migración tolteca (o vikinga según Mahieu) a fines del siglo X, sino que existe ya en el período Clásico; se lo ve por ej. en dos monolitos de Copán fechados alrededor del año 800 (Sáenz, 1962, pp. 25—37). El símbolo de la Serpiente Emplumada tiene amplísima distribución desde Nicaragua hasta Arizona y el valle del Missisippi, lo cual sugiere que se trata de una idea de gran antigüedad (Sáenz, p. 30). Efectivamente, estudios recientes muestran que existe ya en la cultura Olmeca del I milenio a.C., con caracteres de señor de la vida y de la sabiduría, y a la vez dios del viento (Meggers, 1977, p. 27).

Tampoco hay mayor base para calificar a Quetzalcóatl de "Dios-Sol". Su periplo continúa, sin embargo, por las selvas y montañas de Venezuela y Colombia, en donde origina el mito de Bochica. Siguiendo a una leyenda, nuestro autor reembarca al grupito de escandinavos fieles a su raza en canoas de piel de lobo, desembarcando en la costa del Ecuador y y subiendo hasta la zona de Quito, en donde fundan el reino de Kara. Otro grupo desembarca en Lambayeque (norte del Perú), lo que queda en el recuerdo legendario de los chimú como el desembarco de una flotilla de balsas al mando de Naymlap. Utilizando una similitud fonémica, Mahieu lo convierte en Heimlap ("Pedazo de Patria" en norrés), jefe que sucede a Ullman después de su muerte. Este sería el fundador de una nueva dinastía en el reino de Chimú. Sin embargo, la única influencia escandinava en esta cultura que logra "detectar" es el nombre de su dios Guatán, similar al Wotan nórdico,

(28) "Tanto en los códices, como en las crónicas, se representa y se habla de Quetzalcóatl como de un personaje con barbas. Esta característica se encuentra también en Tonacatecutli (dios de la subsistencia), Xiuhtecutli (dios del fuego), Tláloc (dios del agua), Pantecátl (dios del pulque) y lo hallamos también en Bochica, el gran héroe de los muiscas de Colombia. Dicho carácter generalizado no indica necesariamente una relación en cuanto a las funciones de estas deidades, sino más bien un medio con el cual se trata de expresar que son dioses viejos, de mucha experiencia y gran sabiduría". (Sáenz, 1962, p.28).

son a su vez unidades características de la ciclografía peruana, estrechamente emparentada con la de Mesoamérica" (Imbelloni, 1956, p. 403). Muy oportunamente, se demuestra que la "barba" de algunos monolitos antropomorfos de Tiahuanaco no es tal, sino un adorno simbólico paralelizable con las "bigoteras" o anillos nasales de oro de la cultura Nazca. Ello, en relación con las teorías de Thor Heyerdahl, quien, al igual que los autores que estamos comentando, habla de una grupo "caucasoide", de ojos claros, barbado, antecesor de los indígenas conocidos del área andina (Imbelloni, 1956, pp. 401–410). Pero también puede aplicarse a Mahieu, quien acepta sin crítica esa opinión, acomodándola a su teoría hiperhistoricista.

Y ahora viene el disparate máximo: en la segunda mital del siglo XI, los *daneses* fundan, o al menos dan comienzo a las grandes construcciones de Tiahuanaco, la metrópoli preincaica del Altiplano! Se trata de "un conjunto arquitectónico que, por carecer de toda cultura los indígenas de la región, debió ser diseñado por los *atumuruna* (I, p.181). Son ignorados, no sólo los trabajos relativamente recientes de Carlos Ponce Sanginés, sino también los de W. Bennett en los años 30; de otro modo se hubiera podido comprobar —entre otras cosas— la similitud estilística entre el monolito antropomorfo llamado "El Fraile" (único conocido en la época de Posnanky, citado por el autor) y los monolitos "Bennett" y "Ponce", descubiertos por dichos investigadores en sus excavaciones. En tal caso, hubiera sido más difícil decir que fue tallado hacia el año 1250, por influencia de uno o de varios monjes medievales de origen normando, con la intención de imitar a la escultura de un apóstol no identificado que se halla en el portal de la catedral de Amiens (¡! ). Se postula así un momentáneo contacto directo de los "daneses de Tiahuanacu" con sus ya lejanos parientes de Europa, convirtiéndose así Tiahuanaco en "ciudad normanda" (título del capítulo VII del primer libro). La predicación cristiana del personaje que en el segundo libro se identifica con el *Pay Zumé* de los guaraníes —quien para llegar al Altiplano habría desembarcado en San Vicente (Brasil) y remontado alguno de los caminos que integraban la red vial del "inmenso imperio" cuya capital era Tiahuanaco— llevó a que se comenzara a construir una gran iglesia, que no llegó a ser terminada. Pero allí están sus fundamentos: se trata del...*Kalasasaya*. ¡Como si no existiera el clásico estudio de Imbelloni sobre ese monumento, sus relaciones (incluso oceánicas) y el significado del nombre! ¡Como si no hubiera trabajado durante más de una década Ponce Sanginés en ese sitio, determinando mejor sus características y cronología! Y aún si no supiéramos nada del Kalasasaya, sus ruinas bastarían para ver que no podrían constituir el fundamento de una iglesia de tipo medieval. En cuanto al "Fraile", se trata evidentemente de un desarrollo de una antigua idea andina, a su vez emparentada con la de los menhires europeos: el monolito, simple o antropomorfo, con detalles y combina-

dios de la tempestad (I, pp.79–80). En realidad, Guatán no corresponde al mismo simbolismo, ya que significa "remolino de viento".

Seleccionando siempre sus fuentes de información, da como real una leyenda transmitida por Velazco de la llegada de "hombres blancos barbados" a la Isla del Sol en el lago Titicaca "desde el Ecuador por mar". Es decir, un nuevo embarque, navegación hacia el sur, y nuevo desembarco, supuestamente en la zona de Arica, subiendo ahora esta segunda generación de avezados marinos al Altiplano de 3.800 metros de altura. Allí se los llamará *Atumaruna* ("hombre de la cabeza de luna", interpretado por Mahieu como equivalente a "cara pálida"), y a su jefe, *Huiracocha*, que podría ser una versión deformada de *Hvitr* (blanco) y *god* (dios) (I, p.82). Como ya nos estamos acostumbrando a no sorprendernos de nada, digamos únicamente que seguimos prefiriendo la interpretación tradicional: "atumaruna" es una variante de *Hatun-runa*, expresión quechua que significa algo como "grandes hombres" y que no debieron de utilizar en esa época los indígenas del Titicaca, en donde aún hoy predomina el idioma aymara. "Huiracocha" *(Wira-cocha)* significa literalmente "espuma del mar" (o mejor "aire-agua": ver abajo) y es, como se sabe, la divinidad máxima, creadora, de los pueblos andinos.

Es imposible resumir aquí los numerosos estudios acerca de esta divinidad, su origen, evolución, metamorfosis y variantes (la más importante sería, según algunos, el *Pachacámac* de la costa peruana). El nombre de Wiracocha era, en realidad, uno de los muchos títulos de la divinidad invisible e innominada, creadora de los dioses y del mundo. Su hipóstasis para el mundo humano era un *héroe civilizador* de quien decían los Incas que, después de difundir sus enseñanzas por toda la refión, se embarcó en la costa del Ecuador, marchando sobre las aguas del Océano Pacífico. En épocas tardías, el nombre de Wiracocha tomó el significado de "Señor", por lo que después de la conquista solía aplicarse a los dominadores hispánicos. A principios del siglo XV, uno de los soberanos incaicos tuvo el nombre de la divinidad, o si se quiere, del héroe cultural, con quien se sentía identificado. Hay, pues, un interesante paralelismo con el Quetzalcóatl mesoamericano (Mason, 1969, pp. 206–207). Ello no debe sorprender, dada "la unidad fundamental del sistema de ideas que forma la base de las religiones de las naciones cultas de América" (Imbelloni, 1956, p. 203). Este autor ha realizado un meduloso comentario sobre la figura del *Kon-ticsi-wiracocha*, sintetizado con estas palabras: "Con este nombre compuesto debemos pensar en una síntesis de la cosmogonía de los sabios y sacerdotes peruanos del período menos reciente, configurada en las 4 substancias elementales Fuego, Tierra, Viento y Agua; son las mismas que determinan las 4 destrucciones sucesivas del Mundo, colocadas al final de cada uno de los Soles o grandes años solares, *Intip-wata*, que

ciones más o menos complejas. Mahieu toma a la letra aquella denominación convencional, suponiendo que la misma se enraizara en una tradición indígena de origen precolombino. En realidad, la denominación aymara es *tata-kala*, que en este caso significa "piedra principal" (Imbelloni, 1956, p. 151). Cualquier estudiante sabe que el clásico tipo de vasija ceremonial de la cultura de Tiahuanaco es el *kero* o vaso timbal, de paredes algo arqueadas o a veces casi cilíndricas, y que es uno de éstos y no un *breviario medieval* lo que sostiene el personaje en su mano izquierda (I, pp. 186-188), lo mismo que los de los monolitos "Bennett" y "Ponce".

Con lo dicho, basta para descalificar por completo la teoría del gran viaje civilizador de los vikingos daneses por el continente americano; pero agreguemos algo más: la cronología. Si a base de arbitrarias suposiciones respecto a la orientación de los monumentos de Tiahuanaco, Posnansky les adjudicó alguna vez una antigüedad de 13.000 años, nuestro autor, actuando como si continuara la ignorancia respecto a la época de florecimiento de esta ciudad, le adjudica una "cronología extra-corta" a fin de acomodarla a su teoría: siglo XI para el comienzo; siglo XIII para la influencia normando-cristiana; año 1290, caída de la ciudad y de su imperio a raíz de un ataque perpetrado por indígenas venidos desde el Norte Chico chileno, al mando del cacique Cari, de Coquimbo. (Se basa para ello en una vaga referencia legendaria, y no hay ningún indicio arqueológico de que una invasión de este tipo alguna vez haya tenido lugar). La realidad, conocida desde varios años antes de la primera publicación del libro en Francia, está dada por el conjunto de 33 fechas radiocarbónicas obtenidas por Ponce Sanginés en sus excavaciones estratigráficas: hay un período aldeano de Tiahuanaco, iniciado alrededor del 600 a.C. (fases I y II); luego se inicia el período urbano de grandes construcciones, que dura aproximadamente desde el año 200 hasta el 700 A.D. (fases III y IV), y finalmente se da la fase V que corresponde al "Tiahuanaco expansivo", en que el sitio pierde poder político (que pasa a la ciudad de Huari en Perú) pero conserva su carácter de centro religioso. Hacia el año 1100 entra en decadencia definitiva, por lo que en el siglo XVI —cuando fue visitado por Cieza de León— se hallaba totalmente en ruinas. Hay que insistir: no se trata de dos o tres fechados, se trata de 33. (29) Por lo demás, dicha cronología

---

(29) Los primeros fechados fueron dados a conocer en un "Encuentro Arqueológico" realizado en Arica (Chile) en 1961, y mencionados en un "Informe de Labores" publicado por Carlos Ponce Sanginés ese mismo año. Se mencionan luego en su descripción del "Templete Semisubterráneo" de Tiahuanaco (1964, 2a. edición 1969) y en un artículo sobre "La ciudad de Tiwanacu" de 1969, quedando finalmente registrados *in extenso* en su publicación de 1971. (Ver bibliografía). Su desconocimiento por parte de alguien dedicado a la "Ciencia del Hombre" en América no podría justificarse diciendo que el autor "no es partidario" del método radiocarbónico (! ). Para colmo, se da el lujo de decir que "no podemos confiar en las fechas que nos dan los especialistas: son a menudo altamente fantasiosas" (I, p.86).

se armoniza con lo que se sabe en general acerca del período Clásico o Floreciente Regional del Area Andina Central, dentro del cual se ubica esta "metrópoli" del Altiplano.

La "story" se continúa con la dispersión de los *atumuruna* –aparentemente aún no mestizados– hacia los cuatro puntos cardinales. Un grupo vuelve a la costa pacífica, se dirige hasta el actual Ecuador y allí se embarca en balsas hacia la Isla de Pascua y la Polinesia (entronque con la teoría de Heyerdahl); otros van a las zonas selváticas (Antis en Bolivia, Motilones en Venezuela y Waikás en el N.E. del Brasil), y finalmente, otro recorre un antiguo camino hacia el Atlántico, deteniéndose en el Paraguay en donde dan origen a los ya mencionados Guayaquí. Todo esto, alrededor del año 1300. Falta mencionar a los fundadores de la familia real de los Incas: siguiendo la leyenda de su origen en el lago Titicaca, se los hace también de origen escandinavo; el nombre de los 4 hermanos (*ayar*) derivaría de *jarl*, y el del fundador, Manco Cápac, podría derivar de *man* (hombre), *ko (konr)* (soberano, rey), y *kappi* (campeón, caballero). El idioma de los nórdicos se habría conservado puro en el "idioma particular o secreto" de los Incas, del que habla Garcilaso y algún otro autor, pero cuya existencia se pone hoy día seriamente en duda.

El propio quechua y otros idiomas poseerían fuertes influencias germánico-escandinavas; para fundamentar esta opinión, el autor cita obras de hace más de cien años, una del historiador argentino Vicente Fidel López para el Perú y otra de Brasseur de Bourbourg para Mesoamérica. (30) Ahora bien: inexplicablemente (para nosotros) los *atumuruna* eligen un nombre finés para su capital: *keskus* (centro, medio) = Cuzco (ombligo, en el sentido de centro del mundo) (I, p.140). Los Incas tenían un *zodíaco ario*, originado tal vez en "un nuevo aporte cristiano, efectuado directamente desde Europa a Sudamérica" (I, p.169). "Los escandinavos trajeron la escritura al Nuevo Mundo" (I, p.153). ¡ Pobrecitos los mayas del primer milenio A.D. !

Dado que en el siglo X los escandinavos eran aún paganos, las

---

(30) Dice Imbelloni con ironía (1956, p.342): "Afirma López que el Runasimi, o lengua hablada en el Perú antiguo por la nación Qhéshua, es el idioma de los griegos. (...) Eran aquellos los tiempos en que cundía el espejismo de los "venerables Arias". Justificar su parentesco con la raza superior, o solamente comprobar que su idioma estaba arianizado, era para los pueblos un diploma de honor... Couto de Magalhaes conquista para los pueblos del Brasil ese ambicionado pergamino, demostrando que los tupí son arios. Gumersindo Mendoza, director, a la sazón, del Museo Nacional de México, demuestra que el Nahuatl es un idioma ario. Es evidente que Vicente F. López no puede quedarse atrás en la noble competencia. ¿Quién se atrevería a excluir que los Qhéshua puedan ser consanguíneos de los privilegiados Indo-germanos? Lástima es que otro etimologista, el padre Mossi, declara poco después que la misma lengua qhéshua es una sola cosa con la hebrea".

similitudes entre la religión de los nahuas mexicanos y la católica podrían deberse a la llegada de monjes irlandeses, en una época no bien definida. En el caso del Perú, puede recurrirse a la llegada del misterioso monje normando del siglo XIII, ya citado. ¿Quiénes, si no los nórdicos, pudieron enseñar a los indígenas ciertas armas, el trono y la litera, el tambor, la trompa y (en el Perú) la flauta de pan? ¿Los quipus? (utilizados en Escandinavia para adivinación). ¿La calesita voladora y el juego de pelotas en Mesoamérica? (I, cap. VIII). Es que la alta nobleza peruana "no debía su superioridad a su capacidad funcional, sino su capacidad a su superioridad étnica" (I, p.210). En otras palabras: una *Herrenrasse !*

¿Finaliza aquí la fantasmagórica epopeya? No: ahora vienen "la agonía del Dios-Sol" y los "drakkares en el Amazonas" (los vikingos en el Paraguay y en el Brasil, respectivamente). Imposible reseñar con algún detenimiento ambos libros. Digamos únicamente que en el primero se halla incluido lo que, bajo forma de monografía científica se dio a conocer en el folleto de 1972, en el que se describe el yacimiento-escondrijo de Cerro Morotí, y el sitio con petroglifos de la Sierra de Ivytyruzú ("Cerro Polilla"), cercano a la ciudad de Villarrica y conocido desde hace años. (31) Este último es interpretado como una "posta vikinga", un importante centro de comunicaciones en la antigua ruta que, viniendo del Atlántico por dos ramales que allí se juntan, sigue luego hacia Paraguaí (actual Asunción) y de allí al Altiplano. Un grabado de varios círculos unidos con líneas rectas sería "un portulano terrestre" (ver II, lám XII y fig. 15), que representaría esa región con Ivytyruzú en el centro. En realidad, se trata de una formulación algo compleja del motivo de círculos unidos con líneas, que hemos visto tanto en el arte rupestre argentino como brasileño; lo mismo las líneas serpentiformes (la "Serpiente del Mundo") y las dos "cruces célticas": clásica representación cósmica precolombina. La asociación de dichos motivos a series de ranuras rectilíneas más o menos profundas, indica que este interesante sitio corresponde al gran ciclo de grabados rupestres predominante en el sur y centro-oeste del Brasil y E. del Paraguay (faltando sin embargo el típico motivo del llamado "rastro de avestruz"). Una gran cruz de tipo cristiano de unos 75 cm de altura, grabada hacia la izquierda del conjunto, debe ser de factura post-conquista (opinión que avalamos con diversos casos similares en el área Andina); sorprende pues que Mahieu "vea" en su interior dos series de figuras superpuestas: 1) arriba, signos irregulares que conformarían una inscripción ideográfica; 2) cuatro *drakkares* "trazados con tinta negra", dos de ellos con caracteres rúnicos asociados "que se pudieron relevar en parte"; a lo que se agrega, hacia el centro, una misteriosa "imagen de un vikingo, barbado y cubierto con el casco de Odin",

(31) En 1959 nos fue enviada una foto de un sector de ese paredón grabado.

sentado y visto de frente. Se habla también de inscripciones rúnicas: una sobre el casco, interpretada en forma "ideográfica", que permite identificar al supuesto personaje con el Dios-Sol; otra sobre el cuerpo que, traducida, dice: "La cosa encima de la montaña", indicando un recuerdo de la feliz permanencia de los daneses en el Altiplano boliviano. También habría otras inscripciones no traducibles, y dos fechas, "una de las cuales –1431– es impecable", que considera escrita después del trazado original de la cruz. (II, pp.144-151).

Ahora bien, tanto en el folleto como en el libro la única documentación concreta es una foto del sector central de la cruz con la aparente imagen de Odin; nada se ve en esta foto no muy nítida de las inscripciones, nada de las caras que también estarían grabadas al lado de la parte alta de la figura. Lo que parece determinar brazos y piernas del personaje, son huecos alargados, irregularidades de la roca que se continúan arriba y abajo, en parte efectos del trabajo realizado al tallar el petroglifo (ver lám. 4 del folleto de 1972). Como el autor mismo lo dice, sólo con una especial iluminación pudieron "identificarse" las figuras y letras que se mencionan. No se presenta pues, prueba alguna de la realidad de todo lo mencionado; tampoco hay fotos de otras pretendidas inscripciones en los paredones del Cerro Polilla. (Por lo demás ¿cómo se compadecería una imagen del pagano Odin o Wotan con una cruz cristiana? )

Pasando de lo arqueológico a lo etnohistórico, digamos algo sobre el argumento sacado de la leyenda tupí-guaraní (no guayaquí) del pay Zumé, "el apóstol blanco del Guayrá y del Paraguay", que según la interpretación de los jesuitas "predicaba a los indios la Fe del Cielo" (II, cap. 3). Es fácil deducir que la leyenda se basaba en el viaje de un predicador cristiano, acompañado de algunos discípulos, pocos siglos antes de la Conquista, y cuyo itinerario continuó desde San Vicente hacia el interior a lo largo de uno de los "caminos mullidos" (*peabirú*) de que también hablan las tradiciones. Como bien lo dice Mahieu, el Pay Zumé no es una invención de los jesuítas; pero tampoco se trata de un personaje histórico, sino del *tesmóforo* o héroe civilizador de los guaraníes, figura arquetípica que éstos compartían con muchos otros pueblos, dentro y fuera de América. ¿Cómo se explicaría de otro modo el hecho de que se lo presenta como introductor del cultivo de la mandioca y otras plantas? Remitimos al primer capítulo de un viejo clásico, *La cruz en América*, de Adán Quiroga (1901), para una relación bien documentada acerca de las diversas regiones en las que según relatos coloniales y folklóricos, habría estado el apóstol Santo Tomás (más conocido como Tomé, lo que explicaría su identificación con el Zumé guaranítico); abarca la costa atlántica desde Bahía de Todos los Santos hasta Río Grande do Sul, y desde aquí hasta Chile, Bolivia y Perú.(32)

(32) En muchos lugares se decía que estaban sus pies impresos en la roca

Una figura paralela –y por ello también traída a colación por Mahieu– es el *Thunupa* del Altiplano, apodado a veces Ta'apac ("hijo del Creador"). Se trata de un sabio venerable, un ser divino, alto, blanco y barbudo; predicador y hacedor del bien, contrario a la poligamia y al culto al Sol; en fin, una especie de "santo sufriente", pues en más de una ocasión fue perseguido, hasta que, según una versión, estando en la Isla del Sol fue empalado y su cuerpo colocado en una balsa que echaron en el lago Titicaca. El viento la empujó, desapareciendo luego por el río Desaguadero (II, p. 93). Se atribuía a Thunupa el haber traído y plantado la "cruz de Carabuco" en esta localidad cercana al lago Titicaca, que fue desenterrada en la segunda mitad del siglo XVI y desde entonces objeto de veneración.

Pues bien, Mahieu, con su incomprensión de la fenomenología e historia de las religiones y con su manía historicista, dice una vez más que dicho personaje fue un sacerdote medieval normando –el mismo que antes había recorrido las tierras de los guaraníes– cuyo nombre deriva del danés *thul* (sacerdote, adivino, superior de una orden religiosa) y *Gnupa* (pron. Ñupa), nombre común en esa época. Este "Padre Gnupa" sería pues, el principal responsable de la cristianización de Tiahuanaco en el siglo XIII, pero no se exluyen "varias llegadas distintas, escalonadas en el tiempo, de sacerdotes cristianos, unificados y mitificados, en las tradiciones indígenas, con el nombre de uno de ellos" (II, p. 90).

En realidad, el nombre de Thunupa (o Tonapa) deriva de T(h)upa, nombre de honor equivalente a "Señor", quien sería, a la vez, siervo de Viracocha (Quiroga, 1901, p. 12). Modernamente, C. Ponce Sanginés ha escrito una documentada monografía sobre *Tunupa y Ekako* (1969 b), en donde puede verse una valoración completa del mito de Thunupa según fuentes etnohistóricas y arqueológicas. Una de sus conclusiones es la de que "acaso se remonte a la cultura de Tiwanacu", y que probablemente se trató inicialmente de "un antiguo dios del rayo, de la lluvia y de las manifestaciones geotectónicas" (Ponce, 1969 b, pp. 173 y 182).

Reiteramos lo expresado anteriormente: la interpretación literal de los personajes divinos americanos no es válida a la luz de los modernos conocimientos hierológicos. Ya hace casi 80 años Adán Quiroga señaló que el color blanco de los grandes héroes civilizadores constituye una transposición simbólica del concepto de "brillante"; es que su naturaleza

---

(fenómeno similar al que se atribuye a Buda en la India). Trátase, en algunos casos, de formaciones naturales; en otros, de antiguos petroglifos integrantes del "estilo de pisadas". Los indígenas decían eso tanto del Pay Zumé como de Thunupa. (Según Mahieu, se trataba de señalizaciones ubicadas al borde de los caminos. El predicador "no las había dejado, las había seguido": II, pp.101).

es "resplandeciente". En cuanto a la barba, ya vimos que a veces expresa ancianidad y sabiduría, en otros casos es símbolo de virilidad (Quiroga, 1901, pp. 27-28).

Decir, como lo hace en el capítulo IV, que el imperio de Tiahuanaco llegaba por el norte hasta las tierras altas de Colombia (cuyo nombre vikingo era Kon-danemarka, de donde se derivó... Cundinamarca) (33), por el sur hasta la zona central chilena, por el N.E. hasta gran parte de la hoya amazónica y por el S.E. hasta el Atlántico, constituye una fantasía a la que se oponen todos los datos arqueológicos. También resultan traídos de los pelos muchas afirmaciones del tercer libro que dan por sentada dicha extensión y sus implicaciones; por ej., que los guaraníes "eran los auxiliares de los daneses de Tiahuanacu", quienes "les habían encargado la custodia de sus caminos del Sur" (III, p. 43). La palabra "guerrero" de la cual deriva el nombre de estos indígenas *(guarini)* estaría enraizada en *vari*, que en idioma norrés significa, precisamente, guerrero (III, p. 45). En forma similar, los *arawak* constituían originariamente una "guardia de honor" de los señores de Tiahuanaco que recorrían la "marca amazónica" y que después del colapso del imperio quedaron establecidos en esta zona (III, p. 47).

Sólo el último capítulo del libro (II), de contenido más histórico y que anticipa algo de la "geografía secreta de América", resulta hasta cierto punto aceptable en la medida en que refiere datos históricos concretos sobre probables navegaciones europeas y en especial de los marinos y comerciantes de Dieppe en Normandía. Inaceptable es, en cambio, un contacto de los —inexistentes— descendientes de escandinavos de la costa del Brasil con aquéllos, como base para el conocimiento geográfico de ciertos sectores del hemisferio occidental a fines de la Edad Media. Si la existencia de Sudamérica era conocida antes de Colón (aunque considerada como prolongación del Asia Oriental), ello se debería probablemente, para la costa atlántica, a antiguas y esporádicas navegaciones mediterráneas y fenicias, y para la costa pacífica, a navegaciones de la época del Imperio Romano (o anteriores), llegadas por vía transpacífica desde el Asia Oriental. (34)

El tercero de los libros de Jacques de Mahieu participa en mayor grado aún del carácter de "historia-ficción". El lector es envuelto en un continuo malabarismo de datos, combinaciones, transcripciones de textos y afirmaciones, sin duda atractivo como lectura, pero precisamente por eso doblemente peligroso. Dando por sentado la

(33) El nombre primitivo de Dinamarca era, según una inscripción funeraria de mediados del siglo X: TANMARKAR (Oxenstierna, 1977, p.233).

(34) Esto lo ha señalado en forma bastante convincente D. E. Ibarra Grasso (1970). (Ver nota 14).

verdad de lo dicho en sus libros anteriores, Mahieu avanza en una forma similar al gran empresario afortunado en los negocios que intenta ampliar cual pulpo su imperio económico, hasta que un traspié lo muestra como un gigante con pies de barro. (Dicho traspié es dado a nuestro juicio en la foto 16 del libro: ver más abajo).

Su primer capítulo es dedicado a las amazonas, calificadas en algún momento por el Padre Carvajal (de la expedición de Orellana en 1542) como "blancas y altas", cuyas descendientes modernas (contactadas por E. Barros Prado en 1954) se pintan el cuerpo con motivos arawaks y otros "que recuerdan los motivos de Tiahuanacu" (III, p. 28): o se trata de motivos geométricos más o menos generalizados, o bien la pretendida similitud no existe, como en el caso de la figura 3. De cualquier modo, las mujeres de la aldea descripta por Barros Prado son, también ellas, "descendientes degeneradas" de las amazonas blancas del siglo XVI, cuyo origen se hallaría en un grupo de mujeres escandinavas que lograron escapar de la derrota de la Isla del Sol en 1290. Su largo itinerario fue desde el lago Titicaca hacia Cuzco, luego hacia el N. y N.E. bajando por el río Purus, cruzando los ríos Amazonas y Negro hasta llegar a la zona del río Nhamundá. Si, como poetiza Mahieu, los bravos daneses de Tiahuanaco estaban acompañados por sus *skjöld-meyar* ("Vírgenes del Escudo")y habían logrado conquistar un inmenso imperio, lo que "por cierto no había debido de adormecer las virtudes guerreras de las mujeres vikingas de Tiahuanacu" (III, p. 34), no podemos menos que preguntar: ¿cómo se explica su ignominiosa derrota a manos de un grupo de gente de raza inferior; de unos pobres indios diaguitas chilenos? (35)

En cuanto al Paititi, ignora las investigaciones de R. Levillier que ubica a este último refugio de una parte de la familia real incaica en la zona de los ríos Mamoré y Guaporé y la Serra dos Parecis; también falsea la expedición de conquista de Tupac Inca Yupanki que abarcó únicamente la vertiente oriental de Los Andes, desde la latitud del Cuzco hasta la del lago Titicaca aproximadamente (Levillier, 1976, pp. 263-266), no conociéndose en cambio una expedición de dicho monarca bajando en balsas por el río Marañón (III, p. 36). Pasemos por alto a los Arawak, convertidos gracias al peculiar método etimológico del autor y de su colaborador runológico Hermann Munk en "guardia de honor", y a su papel como vigilantes de los accesos fluviales del E. y

---

(35) Como si adivinara la pregunta, en III (p.71) se insinúa una respuesta: dada la extensión enorme del Imperio Danés en Sudamérica, puede también imaginarse que sólo una pequeña parte de los 40.000 blancos, descendientes de los 500 que según la estimación del autor iniciaron el "gran viaje" al salir del ámbito mesoamericano, se hallaba en Tiahuanaco en el momento del ataque de los sureños. De no hallarse "dispersos por todo el imperio" y ubicados "en las guarniciones que protegían las dos principales vías de acceso al Atlántico", los guerreros daneses "habrían logrado, verosímilmente, una fácil victoria".

N.E. hacia el centro del imperio vikingo; prescindamos de los indios blancos detectados aquí y allá a base de observaciones de viajeros antiguos, y de alguna *gaffe* divertida a su respecto (36); vayamos directamente a los *Externsteine* del Brasil o gran lugar sagrado de los amerescandinavos: las *Sete Cidades* en el estado norteño de Piauí.

En un viaje a la zona efectuado en 1974, dice el autor haberle llamado la atención la gran cantidad de población rubia y aun de ojos azules de esa región, inexplicable según él por mestizaje más o menos moderno. La explicación estaría en una "avanzada nororiental" de los daneses de Tiahuanaco, a raíz de la existencia de un notable conjunto de formaciones rocosas, al que consideraron como lugar sagrado. El sitio, situado a unos 100 km de la costa atlántica, fue dado a conocer por el austríaco Ludwig Schwennhagen en 1928, quien creía que eran las ruinas erosionadas de una gran ciudad prehistórica; desde 1961 está abierto al turismo en calidad de Parque Nacional.

Mahieu acepta que, en su conjunto, se trate de una formación natural; pero cree que dos o tres grandes figuras en forma humanoide son antiguas esculturas corroídas, cuyos autores "eran blancos, como lo prueba el tipo físico de sus modelos" (III, p. 109). Además, las pinturas rupestres que se ven en los paredones y aleros de la zona incluyen dibujos de drakkares "vistos por tres cuartos", y letras e inscripciones rúnicas "con caracteres degenerados". Una de ellas, integrada por signos de alfabetos diferentes (el antiguo y el nuevo *futhark*, y el *futhorc* anglosajón), algunos colocados en posición invertida, es leída como: *skea akma an matsis*, cuyo sentido "no puede ser más claro": "Los inteligentes barbados cerca de su residencia de la Llanura". Lo más sorprendente no es la existencia de frases como ésta, sino el comentario tan "antropológico" que hace el autor: "La inteligencia y la barba, era esto lo que más diferenciaba a los blancos de los indios" (III, p. 114).

Siguen otras frases rúnicas "con errores de ortografía", etc., y luego "algunos símbolos nórdicos", entre los que nos llaman la atención dos o tres "Arboles de Vida, con nido de águila que simboliza el Walhalla en su parte superior" (en realidad, pinturas rupestres antropomorfas), y una "sirena", que "sólo pudo salir de la nostalgia de un marino" (III, pp.127-128). La "cola" es, en este caso, una extremidad inferior con tres dedos, paralelizable a los tres dedos de las extremidades superiores. También aquí aparece un "portulano de

---

(36) Observa Mahieu que en los nombres de varias de esas tribus aparece la raíz norresa *vari*, a excepción de los *mariquitares*, cuyo nombre pudo haber quedado deformado, o bien, que les haya sido dado por los españoles "en razón de cierta apariencia afeminada debida a la delicadeza de sus rasgos y de su complexión. Pues, en la lengua de Castilla, *marica* significa invertido y *mariquita* es su diminutivo." (III, p.88). A todo esto, el nombre de esos indígenas es *Makiritare*! ...

piedra", similar al del Paraguay, y también aquí, aplicado a un mapa en posición conveniente, puede indicar sitios especiales, cruces de ríos, etc. En suma: Sete Cidades es uno de los "grandes lugares sagrados de Occidente", en donde los nórdicos vieron una reproducción de los *Externsteine* (Piedras de Extern) del Bosque de Teutoburgo y en el que podrían "restablecer en toda su pureza, con una magnificencia acrecentada, el culto de Odin y de Thor" (III, p. 149). Ahora bien, el sitio mencionado queda en Alemania Occidental, a bastante distancia de Dinamarca y del Schlesvig, y era el lugar sagrado de los sajones (emparentados con los nórdicos, pero no iguales), quienes habían sido cristianizados por la fuerza de las armas en la segunda mitad del siglo VIII por Carlomagno. No nos convence el argumento de p. 132, de que los antepasados de los daneses americanos conservaban una tradición de la existencia de ese santuario, que había sido destruído mucho antes del comienzo de sus navegaciones a Norteamérica, y aun antes de la primera expedición de saqueo de los vikingos en Europa. (37)

Sigue luego otra serie de transcripciones o interpretaciones rúnicas de pinturas rupestres y petroglifos de otras zonas del norte del Brasil. Dado que se basan en relevamientos antiguos, sobre todo de Bernardo da Silva Ramos (también utilizado por P. Honoré), cuyo texto es calificado por el mismo Mahieu como "grotesco" (por sus interpretaciones semitizantes), un trabajo de ese tipo carece de valor si no se confrontan dichos relevamientos con la realidad. Lo mismo cabe decir respecto de algunos "túmulos" y "bosques sagrados" mencionados por Schwennhagen, a quien acusa de dejarse llevar por "alucinaciones históricas" (III, p. 129), de las que él, por supuesto, se hallaría exento...

Llegado a este punto, quien esto escribe está fatigado y el lector sin duda también. Dejemos a un lado la fantástica obra de ingeniería de los vikingos para desagotar un gran lago situado en el valle del río San Francisco (del cual existía una tradición indígena en el siglo XVI); dejemos también las cruces de Tiahuanaco relevadas por el citado Ramos en alfarería de la isla de Marajó, y los restos de puertos precolombinos en sitios de la costa norte del Brasil; dejemos a la "pedra da Gávea" al lado de Río de Janeiro con su gran inscripción rúnica referente a "tablas de roble para barcos depositados en la playa de arena gruesa" (III, p. 194) (38); finalicemos este comentario del libro *Drakkares en el Amazonas* con una pequeña pregunta al margen: si su

---

(37) Monasterio de Lindisfarne en Irlanda, año 793. El clásico libro de E. G. Oxenstierna, de donde tomamos este dato (1977, p. 49) no indica ninguna posible relación entre el santuario sajón y los navegantes vikingos.

(38) Lectura por cierto distinta a la que trae el Coronel A. Braghine en su libro *El enigma de la Atlántida* (Buenos Aires 1944, p.195; cit. por Imbelloni, 1947, p.88): presuponiendo que es obra de fenicios que escribían en caracteres cuneiformes en el siglo IX a.C. (! ), la traducción reza: "Badezir, Rey de Tiro en

autor efectivamente hizo el viaje al Piauí en 1974 y visitó el sitio de Sete Cidades, ¿qué necesidad tuvo de hacer confeccionar un *collage* para la foto 16, en la que aparece en primer plano como observando un paredón con pinturas rupestres? (39)

No podemos terminar sin decir dos palabras sobre la investigación más reciente de Mahieu y sus colaboradores, que confirmaría definitivamente su gran andamiaje amervikingo: los grabados rupestres de Cerro Guazú en el N.E. del Paraguay. Ya vimos que los mismos fueron descubiertos por el geólogo Pedro González, y que fueron visitados por dos de aquéllos a fines de 1973. (Otro estudio fue realizado por el Prof. P. Alfonso de M. Passos, de la Universidad de São Paulo, según comunicación al XVII Congreso Int. de Americanistas, Niza, 1976). Del examen de las fotos publicadas en el folleto de 1975, así como de una serie tomada por el arquitecto F. Pirker en su viaje de 1974 (atención que debo a su actual poseedor, Jorge Fernández), se desprende que se trata de grandes paredones y aleros rodeados de vegetación boscosa, cubiertos de grabados más o menos profundos de tendencia abstracta. El estilo es el "de pisadas", bien conocido en la Patagonia, el Noroeste y centro de la Argentina y en el sur del Brasil. No hay ninguna duda de su relación con los que han sido localizados a lo largo de la llamada *encosta do Planalto*, escarpa o borde meridional del Planalto que corre de este a oeste en el estado de Río Grande do Sul (Mentz Ribeiro, 1969-1970, 1978; Brochado y Schmitz, 1972-1973, 1976). Según las excavaciones realizadas en algunos de estos sitios, fechados mediante el radiocarbono, la ocupación de los mismos (y probable confección de los petroglifos) va entre unos 1200 a.C. y 1300 A.D.; es decir, un total de 2500 años dentro de los cuales se desarrolló esta tradición artística por parte de grupos cazadores tardíos. Muy probablemente también haya que ubicar a los de Cerro Guazú dentro de este lapso que, como se ve, es anterior a la supuesta llegada del grupo ancestral de los Guayaquí a las florestas paraguayas.

Cerro Guazú se encuentra a unos 800 Km al N.O. de la franja con petroglifos de Río Grande do Sul; pensamos que en zonas intermedias (por ej. el N.E. de la provincia de Misiones) puede haber otros sitios similares. Hay datos sobre petroglifos con motivos de este estilo (sobre

---

Fenicia, el primero de los hijos de Jethbaal" (texto que había sugerido B. Ramos en su libro de 1930). Si hasta el propio Erich von Däniken examinó el sitio y llegó a la conclusión de que tanto la "cabeza" rocosa como los trazos eran naturales y que no habían sido hechos por los seres extraterrestres.

(39) La existencia de este truco fotográfico ha sido confirmado por varios laboratoristas a quienes se mostró dicha figura. (Menciono en especial a los señores Eleodoro A. Barroso y Nicolás Vita, fotógrafos de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, quienes fueron categóricos en su opinión).

todo el tridígito o "rastro de avestruz") más al norte, en los estados de Goiás y Matto Grosso.

La *arbitrariedad selectiva* es, una vez más, el método utilizado para "normalizar" las inscripciones, dibujarlas, leerlas y traducirlas. Pero, salvo en un caso (1975, foto 2), no se ve una correspondencia clara entre una posible inscripción y la versión normalizada. ¿Y qué significan dos o tres casos de trazos con apariencia de runas —B. da Silva Ramos habría dicho "de escritura fenicia"— en un total de cientos de grabados, distribuidos, según se dice, en 40 cuevas o aleros? Por lo demás, ¿hay evidencias de una autenticidad precolombina en los casos de supuestas inscripciones, cuyos trazos parecen ser algo más frescos y recientes que los de la mayoría?

En cuanto a la "muralla de tipo incaico, hecha de piedras de dimensiones variables pero perfectamente ajustadas", avistada en 1975 en la zona de Cerro Corá, habrá que esperar algo más que las informaciones periodísticas. Lo mismo respecto a los cimientos de casas "en cuyos materiales fueron encontradas inscripciones rúnicas", en el pueblo de Tacuatí. Es fácil interpretar como de origen vikingo (o fenicio, cretense o céltico) ruinas descubiertas en áreas cuyos contextos arqueológicos son hasta el momento desconocidos.

Son, sin embargo, estos hallazgos en el Paraguay los que han concitado el interés periodístico, siempre en busca de lo sensacional sin preocuparse del real fundamento científico de sus afirmaciones. Ello parece ser convalidado por el "Instituto de Ciencia del Hombre" de Buenos Aires.

Y mientras el gobierno del Paraguay da su apoyo a las expediciones de este instituto, los importantes petroglifos siguen sin ser relevados sistemáticamente, las cuevas en las que se hallan sin ser excavadas científicamente, y las ruinas de la zona, sin ser limpiadas y relevadas y eventualmente restauradas, y su contexto arqueológico sin ser determinado. Hasta que no se haga todo ello (incluyéndose naturalmente el fechamiento radiocarbónico), que no se hable una palabra de vikingos en el Paraguay. Si, como consecuencia de todos esos trabajos, se demuestra dicho origen, seremos los primeros en admitirlo. (Aunque, claro está, sin por ello aceptar la teoría del "imperio danés de Tiahuanaco"...)

## 6. Conclusiones

El tercer libro de Jacques de Mahieu puede ser ubicado dentro de la literatura "fantamazónica". La impresión que desde siempre ejerció la enorme cuenca amazónica y zonas vecinas del norte del Brasil, a lo que

se agrega la alta cuenca del Plata, ha llevado a la acentuación de sus aspectos interesantes y misteriosos. Una de las últimas zonas de supervivencia de pueblos "primitivos" (aunque ahora también amenazados por el avance de la "civilización"), su naturaleza exuberante y la dificultad de lograr conocimientos arqueológicos de la misma se combinaron para el surgimiento de toda clase de leyendas y exageraciones. Clásico es el episodio de la desaparición del Coronel Fawcett en 1925, uno de los muchos que iban en pos de la *ciudad perdida*. Algunos han hecho "su expedición propia", que luego relataron con lujo de detalles exóticos en libros que alcanzaron tiraje popular. Esto no es criticable, mientras se mantenga en el plano del relato ameno (al estilo de *Cazadores de cabezas del Amazonas*, de F. Up de Graaf, por ejemplo); pero cuando la "búsqueda del tesoro" consiste en la publicación de libros con pretendidas teorías científicas, eso ya es otra cosa. Ejemplos de esta literatura lo constituyen las obras —citadas y utilizadas por J. de Mahieu— de Tristao de Alencar Araripe (1886), L. Schwennhagen (1928), B. da Silva Ramos (1930), y entre los más modernos: M. Homet (1958), P. Honoré en los dos últimos capítulo del libro antes reseñado (1965), y Erich von Däniken en su mentida visita a la Caverna de los Tayos en el oriente ecuatoriano (1972, cap. I), así como en su visita a Sete Cidades en el Piauí (cap. V del mismo libro). (40) Agreguemos al "antifísico" R. Bernard, quien al mencionar la leyenda oriental de Agharta (el mundo subterráneo), da como ejemplificación un túnel que comenzaría en la costa central peruana, pasa debajo del Cuzco y Tiahuanaco, llegando hasta la Puna de Atacama —contraparte del Camino del Inca, pero construido por los tiahuanacotas—, y luego señala otro complejo de cavernas en la Sierra de Roncador, al norte del Matto Grosso, cuya entrada es vigilada por los indios Shavantes, ya que es un lugar sagrado para ellos (Bernard, 1975, cap. IX).

Pero quien se lleva la palma en materia de etnología fantamazónica es el periodista y corresponsal de televisión destacado en Brasil, calificado como "especialista en temas indígenas", Karl Brügger, "transcriptor" y comentador de la *Crónica de Akakor* (1976, versión castellana: Barcelona 1978). Aplicando todas las técnicas literarias del "realismo fantástico", logra engañar al lector incauto presentando una historia presuntamente relatada por Tatunca Nara, supuesto último jefe de una tribu a la que le inventa el nombre de *ugha mongulala*, mestizo de indígena con alemán que, por supuesto, ha desaparecido después de terminar con su labor de informante. La larga "crónica" impresiona

(40) Una pintura rupestre de este sitio es interpretada por Mahieu como un *drakkar* de los navegantes vikingos (III, foto 15; la misma sería una estación espacial en órbita, con ventanitas laterales, o bien, el recuerdo de un astronauta equipado con su traje espacial, según E. von Däniken (1972, pp.181-182, fig. 50). ¿Quién tiene razón? ...

como calcada en su estilo del Popol Vuh y de otros relatos amerindios. Los elementos de este engendro incluyen fechas extrañamente exactas (desde 10.481 a.C.: partida de los dioses-astronautas que habían venido del espacio para civilizar a los hombres, algunos de cuyos aparatos quedaron guardados como reliquias venerables), catástrofes, ciudades templarias (Akakor, ubicada en la zona de las nacientes del río Purús), cavernas habitadas, largos túneles artificiales, un imperio amazónico, relaciones con el antiguo Egipto, llegada de un grupo de ostrogodos aliados a vikingos a fines del siglo VI, llegada de soldados alemanes con sus familias durante la Segunda Guerra Mundial (! ), cuyos descendientes aún podrían estar viviendo en las cavernas de Akakor; decadencia y retirada de los últimos *ugha mongulala* a raíz del avance de los Blancos Bárbaros, en resignada espera de la Tercera Gran Catástrofe que se producirá en 1981.

¿No será el de Brügger un libro satírico, como en el fondo lo son también los de Erich von Däniken? (Quien, no por casualidad, presenta al autor en un breve prólogo).

**********

Llegados a este punto, y echando una ojeada de conjunto a todo lo dicho, no tenemos más remedio que llegar a la siguiente conclusión: La mayor parte de esta literatura tiene como fin primordial el de ganar dinero. Hay una asociación entre algunas editoriales y algunos autores para ello; para los segundos ello significa también promoción personal. Fin secundario: mantener dormida la conciencia y el sentido crítico del público; sumirlo en la confusión aprovechando de la superficialidad de sus conocimientos o aún de su ignorancia. Viene bien al caso lo dicho por José Imbelloni hace más de 30 años, referido en su momento a las apologías del "continente perdido": Es algo que "se está convirtiendo cada día más en un lugar común de opiniones antojadizas, hipótesis audaces y mistificaciones vulgares. Editores despreocupados por la cultura de las naciones, revistas ávidas de atraer al grueso público y hombres de pluma que aspiran a ganar notoriedad por cualquier medio, son los artífices de esta incesante difusión del disparate" (1947, pp. 100-101).

Lo lamentable es que los reales progresos de las últimas tres décadas en la metodología y en el conocimiento de la prehistoria y la protohistoria americana no han sido de ninguna utilidad para cambiar dicha situación; más aún, ésta parece haber empeorado. Por eso es necesario, como lo dijimos al principio, que los especialistas alcemos la voz públicamente, hagamos labor auténtica de divulgación, y también —esto es importante— que aboguemos por la enseñanza aunque sea introductoria de las Ciencias Antropológicas en la Escuela Secundaria.

En cuanto al problema de la peculiar corriente de ideas que hemos llamado "hiperdifusionismo historicista transatlántico" —muy distinto del difusionismo paleo-etnológico transpacífico—, comprobamos en primer lugar su falta de seriedad, al hallarse generalmente asociado al mencionado tipo de literatura. (Excepción importante la constituyen los trabajos de J. Alcina Franch, que, por lo demás, no son "historicistas"). Por otra parte, hemos visto también que, implícitamente, en las ideas de los autores que hemos comentado *suele subyacer una concepción racista* (bien evidente en J. de Mahieu con sus "arios nórdicos"). (41)

Para finalizar, dejemos la palabra a una distinguida representante de la segunda de las corrientes mencionadas, quien acaba de señalar brillantemente la probabilidad de influencias de la cultura o dinastía Shang de la antigua China (aprox. 1700-1100 a.C.) en el surgimiento de la gran cultura Olmeca del Preclásico Mesoamericano (aprox. 1200-400 a.C.) (Meggers, 1977): "Más sujeto a controversia que la posibilidad de influencias transpacíficas lo constituye el contacto transatlántico. Aquí, la acentuada disparidad en el nivel de desarrollo cultural entre las áreas donantes y las áreas recipientes habría creado un severo obstáculo a la aceptación de innovaciones. Como donantes han sido postulados los fenicios, los griegos, los egipcios y otros grupos de origen mediterráneo o europeo, todos los cuales poseían culturas mucho más avanzadas y complejas que las que existían a lo largo de las costas atlánticas de toda América o en las islas del Caribe. Por lo tanto, si una embarcación de tal origen hubiera arribado al Nuevo Mundo, sus ocupantes no hubieran podido dejar un impacto permanente (o muy escaso) en las poblaciones aborígenes. Se podría haber realizado algún comercio con objetos de vidrio, piedra o metal, pero la probabilidad de encontrarlos sería hoy día escaso. Sólo los Vikingos han dejado algunos establecimientos detectables arqueológicamente, pero no hicieron ningún impacto sobre las tribus de cazadores y recolectores de la región. Este marcado contraste en el nivel de complejidad hace muy dudosa la posibilidad de que los contactos transatlánticos hayan tenido un rol significativo en la prehistoria americana". (B. Meggers, 1972, p. 177; trad. J.S.).

A lo que podemos agregar, en el caso de los vikingos imaginados más al sur de Vinlandia: ¿Es plausible suponer —aún como hipótesis— que éstos hayan sido los civilizadores, o al menos los organizadores de las grandes entidades políticas de Mesoamérica y Perú, cuando antes del siglo XI en Escandinavia "ni siquiera se conocía el concepto de Estado vigente en nuestros días"? (Oxenstierna, 1977, p. 51). Si los vikingos, a

---

(41) Observación que también hace J. Cole, cuando dice que "si la civilización sólo ha podido desarrollarse en las Américas como resultado de influencias del Viejo Mundo, hay al menos la posibilidad de que el argumento contenga un serio énfasis racista" (1978, p.70; trad. J.S.).

pesar de haber fundado establecimientos permanentes no sólo en Groenlandia sino también en Labrador, Terranova (Ingstad, 1968) y eventualmente algo más al sur, no influyeron para nada en los esquimales y algonquinos con los que se toparon (antes bien, fueron rechazados: Oxenstierna, 1977, pp. 256-259) ¿era plausible que influyeran aún mínimamente en una civilización como la Mesoamericana, que para entonces ya estaba en pleno desarrollo? Aún cuando el *jarl* Ullman hubiera existido, y aparecido con su par de drakkares en el golfo de México, desembarcando en Pánuco en el año 967, ¿no hubiera sido inevitable que la aculturación la hubiesen sufrido él y sus acompañantes, y no los herederos culturales de quienes ya mil años atrás habían comenzado a construir los palacios decorados y las grandes pirámides de Teotihuacán? ...

## BIBLIOGRAFIA

(Obras no citadas en forma completa a lo largo del texto)


ALCINA FRANCH, José: 1969. *Origen transatlántico de la cultura indígena de América.* Revista Española de Antropología Americana, Vol. 4, pp. 9-64. Madrid.

Id.: 1971. *El "Formativo" americano a la luz de los posibles influjos recibidos por el Atlántico.* Anuario de Estudios Atlánticos, Nº 17, pp. 103-149. (I Simposio Internacional sobre posibles relaciones trasatlánticas precolombinas). Madrid--Las Palmas.

BARCENA, J. Roberto: 1972-1973. a. *Sobre el poblamiento prehistórico americano.* Anales de Arqueología y Etnología, t. 27-28, pp. 167-190. Mendoza.

Id.: 1972-1973 b. *La hipótesis de José Alcina Franch sobre influencias trasatlánticas en la cultura indígena de América.* Anales de Arqueología y Etnología, t. 27-28, pp. 191-217. Mendoza.

BERDICHEWSKY SCHER, Bernardo: 1973. *En torno a los orígenes del hombre americano.* Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

BOSCH GIMPERA, Pedro: 1976. *La América pre-hispánica.* Ed. Ariel, Barcelona.

BROCHADO, José P. y SCHMITZ, Pedro I.: 1972-1973. *Aleros y cuevas con petroglifos e industria lítica de la escarpa del Planalto meridional, en Río Grande do Sul, Brasil.* Anales de Arqueología y Etnología, t. 27-28, pp. 39-66. Mendoza.

Id.: 1976. *Petroglifos do "estilo de pisadas" no Río Grande do Sul.* Estudios Iberoamericanos, Vol. II, Nº 1, pp. 93-146. Porto Alegre.

CANALS FRAU, Salvador: 1953. *Las poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen, su pasado, su presente.* Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

COLE, John R.: 1978. *Anthropology beyond the fringe. Ancient inscriptions, Early Man, and scientific method.* The Skeptical Inquirer, Spring/Summer 1978, pp. 62-71. Buffalo, N.Y.

Id.: 1980. *"Enigmatic stone structures" in Western Massachusetts.* Current Anthropology, Vo. 21, Nº 2, pp. 269-270. Chicago.

COSTANTINI, Josef Antonio: 1778. *Sobre el origen de los americanos.* Instituto de Investigaciones Antropológicas, Reimpresos, 8. (Capítulo de la obra "Cartas críticas sobre varias questiones...", t. XI, Madrid, 1778). Prólogo de A. Pompa y Pompa. México.

DANIKEN, Erich von: 1972. *Aussaat und Kosmos. Spuren und Pläne ausserirdischer Intelligenzen.* Ed. Econ, Düsseldorf - Viena. (Hay edición española con el título de "El oro de los dioses").

FELL, Barry: 1976. *America B.C.: Ancient settlers in the New World.* Ed. Quadrangle/New York Times Co. Nueva York.

y Comechingones. Una tesis reactualizada. Todo es Historia, N 125, pp. 6-20. Buenos Aires.

FOURNEAUX, Rupert: 1977. *Los grandes enigmas del universo.* Ed. J. Vergara, Barcelona/Buenos Aires.

GODDARD, Ives y FITZHUGH, William: 1978. *Barry Fell reexamined.* Biblical Archaeologist, Vol.41, Nº 3, pp.85-88. Cambridge, Mass.

GOMEZ, Ramón Pacífico: 1979. *El Sauna de los Comechingones.* Revista Club FFAA, Año I, Nº 2, pp. 18-19. Córdoba.

GORDON, Cyrus H.: 1973. *L'Amérique avant Colomb.* Ed. Robert Laffont, Paris. (Edición original: Before Columbus. Links between the Old World and ancient America. Ed. Crown Publishers. Nueva York, 1971).

HAPGOOD, Charles H.: 1966. *Maps of the ancient Sea Kings.* Ed. Chilton, Filadelfia.

HEYERDAHL, Thor: 1968. *An introduction to discussions of transoceanic contacts. Isolationism, diffusionism, or a middle course?* Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas (Mar del Plata, 1966), Vol. IV, pp. 67-88. Buenos Aires.

HOMET, Marcel F.: 1958. *Die Söhne der Sonne. Auf den Spuren vorzeitlicher Kultur in Amazonas.* Ed. Walter, Olten/Freiburg i. Br. (Hay edición inglesa: On the trail of the Sun Gods, Londres 1965; y española: Los hijos del Sol. Ed. Juventud, Barcelona, 1967).

HONORE, Pierre: 1965. *La leyenda de los Dioses Blancos.* Ed. Destino, Barcelona. (Hay edición inglesa: In quest of the White God, Nueva York, 1964; y alemana: Ich fand den Weissen Gott, Frankfurt a.M., 1964).

IBARRA GRASSO, Dick Edgar: 1970. *La representación de América en mapas romanos de tiempos de Cristo.* Ed. Ibarra Grasso, Buenos Aires.

Id.: 1972. *La negación de las relaciones transpacíficas por el Dr. J. H. Rowe.* Separata de "Pumapunku", Nº 5, 15 pp. La Paz.

IMBELLONI, José: 1947. *Las realidades de la Atiántida.* Emecé Editores (Colección Buen Aire). Buenos Aires.

Id.: 1956. *La Segunda Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos.* Ed. Hachette S.A., Buenos Aires.

INGSTAD, Helge, e INGSTAD, Anne S.: 1968. *The Norsemen's discovery of America.* Actas del XXXVII Congreso Int. de Americanistas (Mar del Plata, 1966), Vol IV, pp. 89-125. Buenos Aires. (Cuatro trabajos presentados a dicho congreso, incluyendo los resultados de las excavaciones en L'Anse aux Meadows en Terranova).

INSTITUTO DE CIENCIA DEL HOMBRE: 1972. *Las inscripciones rúnicas precolombinas del Paraguay.* 45 pp. Buenos Aires.

Id.: 1975. Idem, Complemento: *Cerro Guazú.* 11 pp.

KIRBUS, Federico B.: 1976. *Enigmas, misterios y secretos de América.* Ed. La Barca Gráfica, Buenos Aires.

LAS HERAS, Antonio: 1977. *Respuestas al Triángulo de las Bermudas.* Ed. Rodolfo Alonso, Buenos Aires.

KIPPER, J. Balduino: 1980. *The Parahyba inscription.* Biblical Archaeologist, Vol 43, Nº 1, p. 5. Cambridge, Mass.

LEVILLIER, Roberto: 1976. *El Paititi, El Dorado y las Amazonas.* Ed. Emecé, Buenos Aires.

MAHIEU, Jacques de: 1976. *El gran viaje del Dios-Sol. Los vikingos en México y en el Perú (967-1532).* Ed. Hachette (Los Enigmas del Universo). 237 pp. Buenos Aires. (Edición francesa: Le grand voyage du Dieu-Soleil, Paris, 1971).

Id.: 1977. *La agonía del Dios-Sol. Los vikingos en el Paraguay.* Ed. Hachette, 193 pp. Buenos Aires. (Ed. francesa: L'agonie du Dieu-Soleil, Paris 1974).

Id.: 1978. *Drakkares en el Amazonas. Los Vikingos en el Brasil.* Ed. Hachette, 215 pp. Buenos Aires. (Edición francesa: Drakkars sur l'Amazonie, Paris, 1975).

MASON, J. Alden: 1969. *The ancient civilizations of Peru.* Penguin Books (Pelican), Harmondsworth, Inglaterra. (Revised edition). Hay versión castellana: Las antiguas culturas del Perú. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1962; reimpresión 1969.

MAUNY, Raymond: 1971. *Hypothèses concernant les rélations précolombiennes entre l'Afrique et l'Amérique.* Anuario de Estudios Atlánticos, Nº 17, Primer Simposio Internacional sobre posbles relaciones trasatlánticas precolombinas (Islas Canarias, 1970), pp. 369-389. Madrid-Las Palmas.

McKERN, Sharon S.: 1973. *Misterios arqueológicos de América.* Ed. Pax-México. México.

McKUSICK, Marshall: 1979. *Canaanites in America: a new scripture in stone?* Biblical Archaeologist, Vol. 42, Nº 3, pp. 137-140. Cambridge, Mass.

MEGGERS, Betty J.: 1972. *Prehistoric America.* Ed. Aldine-Atherton, Chicago/ New York.

Id.: 1977. *Origen transpacífico de la civilización mesoamericana: una reseña preliminar de la evidencia y sus implicaciones teoréticas.* Hombre y cultura, t. 3, Nº 2, pp. 21-68. Panamá. (Traducción por Reina Torres de Aráuz).

MENGHIN, Oswald F.M.: 1957. *Vorgeschichte Amerikas.* En "Abriss der Vorgeschichte", pp. 162-211. Ed. Oldenbourg, Munich. (Resumen en Anales de Arqueología y Etnología, t. XIII, pp. 241-246, Mendoza 1957).

MENTZ RIBEIRO, Pedro A.: 1969-1970. *Inscrições rupestres no vale do rio Caí, Rio Grande so Sul (Brasil).* Anales de Arqueología y Etnología, t. 24-25, pp. 113-129. Mendoza.

Id.: 1978. *A arte rupestre no Sul do Brasil.* Revista do CEPA (Centro de Ensino e Pesquisas Arqueológicas), Nº 7. (30 pp.). Santa Cruz do Sul, R.S.

OXENSTIERNA, Eric Graf: 1977. *Los Vikingos.* Ed. Luis de Caralt, Barcelona. (Reimpresión de la edición de 1966). (Edición original: Die Vikinger, Stuttgart 1959).

PEREZ CASTRO, Federico: 1971. *La "inscripción" fenicio-cananea de Paraíba (Brasil). (La polémica Gordon/Friedrich-Cross). Estado de la cuestión.* Anuario de Estudios Atlánticos, Nº 17, Primer Simposio Internacional sobre posibles relaciones trasatlánticas precolombinas (Islas Canarias, 1970), pp. 307-333. Madrid - Las Palmas.

PONCE SANGINES, Carlos: 1964. *Descripción sumaria del Templete Semisubterráneo de Tiwanaku.* Centro de Investigaciones Arqueológicas de Tiwanacu, Publicación Nº 2. La Paz. (2da. ed. 1969).

Id.: 1969. *La ciudad de Tihuanaco.* Arte y Arqueología, Nº 1. (Separata de 32 pp.) La Paz.

Id.: 1969 b. *Tunupa y Ekako. Estudio arqueológico acerca de las efigies precolombinas de dorso adunco.* Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, Publicación Nº 19. La Paz.

Id.: 1971. *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura. Ensayo de síntesis arqueológica.* Trabajo presentado al VI Congreso de Arqueología Chilena (Santiago, octubre de 1971). 60 pp. (Hay edición impresa, con el mismo título, en: América Indígena, Vol. 32, Nº 3, pp. 717-772. México, 1972.

QUIROGA, Adán: 1901. *La cruz en América.* Buenos Aires. (Se ha consultado la edición de 1942, Ed. Americana, Buenos Aires. Hay una nueva edición reciente por la Ed. Castañeda, San Antonio de Padua, Prov. de Buenos Aires).

ROWE, John H.: 1966. *Diffusionism and archaeology.* American Antiquity, Vol. 31, Nº 3, Part 1, pp. 334-37.

SAENZ, César A.: 1962. *Quetzalcóatl.* Instituto Nacional de Antropología e Historia, Serie Historia, VIII. México.

SCHOBINGER, Juan: 1961. *La arqueología y el Libro de Mormón.* Anales de Arqueología y Etnología, t. XVI, pp. 259-265. Mendoza.

Id.: 1969. *Prehistoria de Suramérica.* Nueva Colección Labor Nº 95. Ed. Labor, Barcelona. (Edición actualizada en preparación).

Id.: 1971. *El mito platónico de la Atlántida, frente a la teoría de las vinculaciones trasatlánticas prehistóricas entre el Viejo Mundo y América.* Anuario de Estudios Atlánticos, Nº 17, pp. 347-362. Madrid-Las Palmas.

Id.: 1977. *La decadencia de los brujos.* Revista "La Opinión", 24 de abril 1977,

pp. 31-40. Buenos Aires. (Título original: La arqueología y los seres extraterrestres).

Id.: MS. *¿Vikingos o extraterrestres? Estudio crítico sobre algunas teorías recientes relativas al origen y desarrollo de las culturas precolombinas.* (Aceptado para su publicación por la Editorial Huemul, Buenos Aires).

SCHULTEN, Adolfo: 1945. *Tartessos.* Ed. Espasa-Calpe. Madrid.

SEJOURNE, Laurette: 1957. *Pensamiento y religión en el México antiguo.* Ed. Fondo de Cultura Económica (Breviarios). México.

Id.: 1962. *El universo de Quetzalcóatl.* Ed. Fondo de Cultura Económica. México.

TOMASINI, Alfredo: 1969. *Contribución al estudio de los indios Guayakí.* Revista del Museo Americanista, Nº 1, pp. 77-102. Lomas de Zamora (Prov. Buenos Aires).

VELLARD, Jehan: 1939. *Une civilisation du miel. Les indiens Guayakís du Paraguay.* 2da. ed. (Géographie Humaine, 13). París.

WAGNER, Emilio R. y RIGHETTI, Olimpia L.: 1946. *Arqueología comparada. Resumen de prehistoria. Una divinidad primordial y universal.* Buenos Aires.

WAUCHOPE, Robert: 1962. *Lost tribes and sunken continents. Mith and method in the study of american indians.* The University of Chicago Press. Chicago.

WILLEY, Gordon R.: 1971. *An introduction to american archaeology.* Vol.II: South America. Ed. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J. (Vol.I: North America, 1966).

WUTHENAU, Alejandro von: 1966. *Representations of white and negroe people in precolumbian art.* (Summary). Actas del XXXVI Congreso Int. de Americanistas (España, 1964), Vol.I, pp. 109-110. Sevilla.